10143 Fr. Larras.

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

SERPENTINA

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAFAEL COELLO

MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1900

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/serpentinajuguet1208coel

Al Sr. Larraz, su afmo amigo

J. Coello

SERPENTINA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SERPENTINA

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAFAEL COELLO

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 26 de Diciembre de 1899

MADRID

Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1900

A Vital Aza

su más agradecido amigo y entusiasta admirador

Rafael Coello

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN (23 años).....	Sra. Pino.
DOÑA ROSA (50).....	Álvarez.
EMMA (Serpentina) (de 20 á 30).....	Suárez.
CORA (de 20 á 30).....	Tovar.
LOLÓ (íd.).....	Srta. Climent.
TERESA (30).....	Sampedro.
LUISA (25).....	Lasheras.
ANGELITO (22).....	Sr. Rubio.
DON ANDRÉS (60).....	Manso.
FERNANDO (35).....	Gonz Álvez.
ROBITO (23).....	Ponzano.
ALFONSO (30 á 40).....	Arcila.
GUERRA (40 á 50).....	Barceló.
NICOLÁS (íd.).....	Martínez.
MANUEL (40).....	Larraz.
UN ABONADO.....	Climent.
UNA MÁSCARA (no habla).....	Sra. Elorz.

La acción en Madrid.—Época actual

Por derecha é izquierda, entiéndanse las del actor

ACTO PRIMERO

Despacho amueblado con elegancia y sencillez. A la derecha una mesa de las llamadas de ministro; sobre ella una bandeja con copas y una botella de «Chartreuse», otra con bizcochos y una tercera con vasos de agua y azucarillos. Una mesa de tresillo á la izquierda. Puerta al foro y cuatro laterales. A la izquiérda de la primera, chimenea apagada, espejo y reloj. A la derecha un ropero empotrado en la pared. Es de noche y están encendidas una lámpara eléctrica pendiente del centro del techo, y dos velas, colocadas sobre la mesa de tresillo. La llave (interruptor) de la lámpara, se halla fija en la pared del foro, á la dereha de la puerta; timbre á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

CARMEN, DOÑA ROSA, FERNANDO y DON ANDRÉS juegan al tresillo, sentados alrededor de la mesa y en este orden: Fernando, de espaldas al público; á su derecha, Carmen; á la derecha de ésta, don Andrés, y frente á Carmen doña Rosa. A la derecha de la escena, ANGELITO, sentado en una butaca, lee el «Heraldo». Las señoras llevan sencillos vestidos de casa, y los tres hombres americanas negras

CAR. (Dando á don Andrés unas cartas de baraja.) Esta noche no hay quien pueda con usted. Lo que es con este robo...

ANDRÉS No, no se ha arreglado mal jueguete.

ROSA (A Fernando.) Usted primero. (A don Andrés.) La verdad es que tienes una suerte irritante.

FERN. Tanto mejor para usted, vecina.

ROSA ¿Mejor?

609148

FERN. (Cambiando cartas suyas por otras del monte.) O el refrán miente ó la ganancia del marido en el juego es prenda de tranquilidad para la mujer.

ROSA ¡Bah, bah! Déjeme usted á mí de refranes. Mejor sería que no nos ganase los cuartos, que lo que es de lo otro no hay peligro.

FERN. Otra le queda á usted, doña Rosa.

ROSA ¿A mí? No lo crea usted. Ya no está para nada.

FERN. Digo otra carta. (Dándosela.)

ROSA ¡Ah, ya! (Deja una carta en el platillo y coge otra que le da Fernando.)

CAR. (A doña Rosa.) Pues mire usted, señora, no me fiaría yo mucho. Con el pretexto de su Casino, á saber lo que se irá á buscar en la calle á estas horas.

ROSA Alguna pulmonía ó algún *trancazo*. (Ademán de pegar.) Lo que yo le digo.

FERN. Si así fuese, ya sabe don Andrés que le asistiría con muchísimo gusto.

ANDRÉS Gracias, querido doctor; pero me contento con que me asista usted á este rey. (Pone una carta sobre la mesa.) En cuanto á su otra asistencia, ni esa amenaza basta á quitarme el vicio.

CAR. ¡Qué famoso es este hombre! (Siguen jugando mientras hablan, haciendo la primera baza doña Rosa y la segunda don Andrés.)

ANDRÉS Esa tertulia de última hora es mi único defecto, y ya soy muy viejo para corregirme.

ROSA ¡Ah! Sí; aparte de eso, un santo.

ANDRÉS Un modelo de maridos, una alhaja, ¡y qué alhaja! ¿eh? (Enseñando las cartas que le quedan.) Con su estuche y todo.

FERN. ¿De manera que á diez?

ANDRÉS A veinte, que es favor.

CAR. (Dando fichas á don Andrés, lo mismo que á doña Rosa y Fernando.) Nada, que está el hombre muy favorecido.

FERN. Usted da, don Andrés.

ANDRÉS (Recoge las cartas, baraja y da.) Y el amigo Angelito, ¿qué dice, que está ahí tan callado?

ANG. Pues como estoy tan callado no digo nada.

ANDRÉS Hombre, bien respondido.

FERN. Así respondiese tan bien cuando le pregunta el catedrático.

ROSA ¿Y por qué no? Un muchacho de tanto provecho...

ANG. Mil gracias, doña Rosa.

CAR. La verdad, aunque sea mi hermano y aunque esté delante, hay que reconocer que es un buen chico

ANDRÉS (A Carmen.) ¿Quiere usted cortar? (Carmen lo hace y don Andrés da cartas.) Y tanto que lo es. Ya hecho casi un señor abogado. Porque este año es el último, ¿verdad?

ANG. Sí, señor; en Junio me examinaré y para Octubre pienso licenciarme.

ROSA Pidan ustedes más.

CAR. El pobre ha comprendido que, muertos nuestros padres, á él solo le tocaba labrarse una posición.

ANDRÉS Sí, pero es que otros, en vez de labrar, se echan en el surco.

ROSA Yo paso.

FERN. Y yo.

CAR. (Tirando las cartas sobre la mesa, así como Fernando y doña Rosa.) Pues todos.

ROSA (Recoge las cartas, bareja y da.) A mí lo que me encanta de este chico es su formalidad. Siempre en casita con sus hermanos, y no como otros que todas las noches, y más estas de máscaras y de jaleo, andan por ahí de juergas y de bailes.

CAR. Vaya, vaya, cambiemos la conversación, que vamos á ponerle colorado.

ANG. (Si ellos supiesen, me ponían verde.)

ROSA (A Angelito.) ¿Y qué dice el *Heraldo* de nuevo?

ANG. Nada de importancia.

CAR. Mira, lee las noticias de espectáculos.

ANDRÉS ¿Dónde acaba la vuelta?

ROSA En mí ahora. Debe de ser tardísimo.

CAR. (Mirando el reloj de la chimenea.) Las doce y veinte.

ROSA ¡Digo!

FERN. Paso.

CAR. Corro.

ANDRÉS Juego. A espadas. (Cambia cartas suyas por otras que le da del monte doña Rosa.)

FERN. Este hombre hasta el fin...

ANG. (Lee.) «Se asegura que un conocido escritor ha terminado una revista de actualidad, que en breve será estrenada en el teatro de Apolo, y en la que no salen á escena chulas, golfos ni guardias de Orden Público.»

ROSA (Mirando las cartas que ha cogido don Andrés.) Eso es una bola.

FERN. (Distraído y mirando sus cartas.) ¿Y por qué?

CAR. Sí, hombre, sí... Porque no hay revista sin chulos y sin guardias.

ANDRÉS Pues no, señora, no es por eso. Es bola porque tengo nueve triunfos de cuatro estuches. (Vuelve sus cartas sobre la mesa.)

CAR. ¡Demonio! Y yo que creí...

ANDRÉS Nada, nada, á pagar á cincuenta. (Lo hacen en fichas.)

ROSA ¡Qué final más horrible!

FERN. Vaya, pues liquídenos usted. ¿Cuánto perdemos ésta y yo? (Separa algo su silla de la mesa.)

ANDRÉS No es tarea tan corta. (Cortando y separando fichas.)

ANG (Lee.) «Muy animado promete ser el baile de máscaras que para esta noche ha organizado en el Teatro Real la Asociación de Escritores y Artistas. Sabido es que este baile. .»

FERN. (Levantándose y señalando hacia la papelera que habrá sobre la mesa de despacho y en la que se ven unas carulinas de color.) Ahí tengo yo billetes. Si usted quiere ir, doña Rosa...

ROSA (Se levanta también, así como Carmen.) ¡Qué he de ir yo al baile, hombre!

FERN. Como médico de la Sociedad, suelen mandarme siempre. Tres de señora y tres de caballero me han enviado este año. Ahí están, en mi papelera.

ANG. (Levantándose y colocándose junto á la mesa.) (Que no se le ocurra ..)

CAR. (A doña Rosa.) Pues mire usted, yo hubiese ido con gusto á ese baile. Dicen que á él y al

de Bellas Artes son á los únicos á que puede ir una señora.

ROSA ¿Y por qué no te lleva tu marido?

CAR. Ya se lo dije, pero se ha hecho el sordo.

FERN. ¿Y qué íbamos á hacer nosotros en el baile?

CAR. Pues el año pasado, que estabas soltero, si que fuiste.

FERN. Ya no me acuerdo...

CAR. Pues yo sí. Y que nos costó estar de monos hasta Pascua.

ANDRÈS (Levantándose.) Es decir, que duraron los monos hasta que llegó la mona.

FERN. A fe que es divertido el ir del brazo de su mujer á un baile de máscaras ..

ROSA Pues Andrés me llevó á mí á uno de recien casada.

CAR. Y se divertirían ustedes mucho.

ANDRÉS ¡Muchísimo! Claro que nos separamos á la entrada, pero cuantos me saludaban me decían:—Oye, Andrés, ¿cuál de esas máscaras es Rosa?—Y en cuanto ésta se acercaba á embromar á cualquiera:—Adiós, Rosita, ya he visto á tu marido.

FERN. Pues claro...

CAR. Por eso lo mejor es prescindir de ustedes. Si lo pienso antes, me voy con doña Rosa.

ROSA Y yo te habría acompañado con mucho gusto.

CAR. (A Fernando.) ¿Lo ves? Todos son más amables que tú.

FERN. Bueno, bueno .. ¿Qué le debemos á usted, don Andrés? (Se acerca con don Andrés á la mesa de tresillo.)

ANDRÉS (Señalando las fichas, separadas por montones.) Seiscientos treita y cinco tantos. Seis pesetas y treinta y cinco céntimos.

FERN. Seis pesetas. (Dándoselas.) En cuanto á los céntimos, ¿tiene usted cambio? (Alargándole otra peseta.)

ANDRÉS No. Es más, ni plata apenas. Precisamente me he echado en la cartera un billete de veinte duros para cambiarlo en el Casino.

FERN. Plata tengo yo...

ANDRÉS No, gracias. Me cambiarán en el *comptoir*.

FERN. (A Carmen.) ¿Y tú, tienes cuartos?
CAR. Tampoco.
ANDRÉS Deje usted. No merece la pena.
ANG. Trae. (Cogiendo á Fernando la peseta.) Yo tengo, de las vueltas de los tranvías. (Deja el «Heraldo» sobre la mesa de tresillo.) (Felizmente ya han cambiado de conversación.) (Vase por la primera derecha.)

ESCENA II

LICHOS, menos ANGELITO

CAR. (Sentándose, así como Doña Rosa.) Pues ya, ya sabía yo que hoy era el bailecito.
FERN. ¿Y por quién lo sabías?
CAR. Por la vecinita del entresuelo. La he visto esta tarde por el patio, cuando se estaba probando un capuchón. Muy bonito, por cierto, á grandes rayas blancas y azules.
ROSA Es verdad. También yo lo he visto.
FERN. Y yo en su mismo gabinete.
ROSA ¡Descarado!
ANDRÉS ¡Pillín! ¿De modo que continuan los visitas?
CAR. Sí, señor; continúan.
ANDRÉS ¿Y usted, Carmencita, cómo puede consentir tal escándalo?
CAR. ¿Y qué remedio? Cuando esa prójima escribió á Fernando por primera vez—y en un papel muy cuco, por cierto, con una tinta verde muy original y con una ortografía muy original también—rogándole que pasara á visitarla, yo ya le dije á mi señor marido la poquísima gracia que me hacía el que á la lista de sus clientes añadiese el nombre de... de la... señorita Emma. Es más, le pedí que, bajo un pretexto cualquiera, se excusase de aceptar su asistencia; pero él me salió entonces por el registro de que un médico no puede hacer semejante cosa, que los beneficios de la ciencia y los rayos del sol deben llegar por igual é todos los mortales que la medicina no reconoce excepciones en

el cuidado y alivio de la humanidad doliente... En fin, que me soltó un discurso de Academia y que á estas horas ya le lleva hechas tres visitas.

FERN. Pero, ¿quieres decirme qué pretexto iba yo á inventar para...?

ANDRÉS Tiene razón Fernando. Y más viviendo en esta misma casa.

FERN. Y tratándose de una enferma del estómago. Mi especialidad precisamente.

ANDRÉS ¿Las enfermas ó las enfermedades?

ROSA Estos especialistas...

ANDRÉS (A doña Carmen.) A usted lo que le ocurre es que l'eva muy poco tiempo en su papel de médica consorte.

FERN. No, y que es muy celosa. Celosísima. Lo que es, si yo le diese motivo..

ROSA Los celos son amor.

FERN. También los diviesos son salud, y es mejor la salud sin diviesos.

ANDRÉS ¿Y qué enfermedad es la que padece esa pájara?

ROSA La muda no será. ¡Qué más quisiera yo que se mudase!

FERN. Es una dispepsia nerviosa, caracterizada por las digestiones difíciles.

CAR. Vamos, lo que me sucede á mí con ella, que no la puedo digerir.

ANDRÈS (Sirviéndose licor en una copita de las que hay sobre la mesa de despacho.) Pues recétela usted este Chartreuse. Es un gran digestivo.

ROSA Aún te vas á achispar tú esta noche.

FERN. Hombre, y me alegro que haya salido esta conversación. (Saca un llavero del bolsillo y abre un cajón de la mesa de despacho, del que toma una cajita que deja sobre la misma mesa, al lado de la papelera.) Dije esta tarde á la vecina que le enviaría unos anises de estos que yo compongo para activar las funciones digestivas y no me había vuelto á acordar de semejante cosa. Dejándolos aquí no me olvidaré de enviárselos mañana.

CAR. ¿Y no podía comprarlos ella en cualquier farmacia?

FERN. Sí podía; pero teniendo yo aquí...

CAR. ¡Qué solicitud y qué atenciones!

FERN. (Riendo.) ¿Otra vez?

ANDRÉS (Examinando la caja, que vuelve á dejar sobre la mesa.) «Anises antigastrálgicos y antidispépticos del doctor Menéndez. Infalibles para...» Para todo, ¿eh? ¿Porque usted los recetará para todo?

FERN. Hombre, para todo no.

CAR. (Levantándose.) Y, apropósito, ¿á que no saben ustedes el nombre de guerra conque me han dicho que designan sus amigos á esa prójima?

ANDRÉS No, no sé.

CAR. Pues creo que la llaman *Serpentina.*

ROSA *¿Serpentina?* (Se levanta.)

ANDRÉS Nombre muy apropiado para estos días de Carnestolendas.

CAR. Y que no está mal puesto; que son tales mujeres como esas tiras de papel pintado, frágiles y brillantes, que si caen sobre un hombre le arrollan y embarazan entre sus espirales de colores, de las que no es tan fácil desenredarse luego.

ANDRÉS (Palmoteando.) ¡Bravo, bravo, Carmencita! ¡Qué fuego! ¡Qué elocuencia!

FERN. Exageraciones. Esa mujer será lo que se quiera, pero lo cierto es que desde que se encuentra en esta casa no da ningún motivo...

ROSA No, si ya sabemos que ustedes (A Fernando y don Andrés.) están muy satisfechos con la vecindad.

ANDRÉS Te diré, hija mía: siempre es agradable, cuando uno se asoma á un balcón ó se aproxin a á una ventana, ver un cuerpo bonito, una carita fresca...

ROSA ¡Tú sí que estás fresco!

ESCENA III

DICHOS y ANGELITO

ANG. (Por la primera derecha.) El cambio. (Da á Fernando unas monedas de cobre.) He tenido que registrar en todos mis bolsillos.

FERN. (Da de ellas a don Andrés.) En paz, ¿no es eso?

ANDRÉS Se empeñó usted.

FERN. Hombre, no he necesitado empeñarme para pagar á usted treinta y cinco céntimos.

CAR. (A doña Rosa, mirando las fichas.) También á usted la gana.

ROSA Sí, pero *é il mio sposo non li pago.*

ANDRÉS Señores, buenas noches.

ANG. (Gracias á Dios.)

CAR. (A don Andrés.) ¿Y usted, decididamente, no renuncia á su Casino?

ANDRÉS Sólo paso á casa para tomar el gabán.

FERN. (Da la mano á don Andrés.) Hay que reconocer que esta generación es muy superior á la nuestra. Para que yo saliese ahora á la calle sólo por gusto...

ANDRÉS Ustedes son unos enclenques, que no van á ninguna parte.

FERN. No, lo que es al Casino á estas horas, yo le respondo á usted de que no voy.

ANDRÉS (Alargando la mano á Carmen.) Descansar, vecinita.

ROSA Espera. Voy por mi abrigo, que me lo he dejado en el gabinete de Carmen.

CAR. Sí, ahí está. (Vase doña Rosa por la primera izquierda.)

ESCENA IV

FERNANDO, ANGELITO, DON ANDRES y MANUEL

MAN. (Por el foro, con una bandeja, y en ella una carta.) Señorito, una carta urgente.

FERN. ¡Adiós! (Coge la carta.) ¿A que me dan la no-

che? (Abre el sobre y lo tira en la bandeja; saca una tarjeta y la lee.) ¿No lo dije? Una consulta para un enfermo grave. (Guarda la tarjeta en el bolsillo de su americana.)

ANG. ¿Muy lejos? (Se sienta en el sillón de la mesa de despacho.)

FERN. En la calle del Arenal. ¡Al ladito de Goya! (A Manuel.) Que está bien: que iré en seguida. (Manuel se va por el foro.)

ESCENA V

FERNANDO, ANGELITO y DON ANDRES. Después CARMEN y DOÑA ROSA

FERN. Otra cosa de que Carmen no quiere convencerse: que es imposible que un médico con una clientela regular y que no tenga coche viva en Madrid en el barrio de Salamanca.

ANDRÉS Realmente, es muy molesto.

FERN. Molestísimo. Encájese usted ahora al otro extremo de Madrid...

ANDRÉS Yo no. Usted es el que ha de encajarse.

CAR. (Entra con doña Rosa, que lleva puesta una capita.) ¿Pero qué, tienes que salir?

FERN. Sí, hija, acaban de avisarme para una consulta.

CAR. ¡Que fastidio!

FERN. Y menos mal, que no me han cogido ya en la cama.

ROSA Gajes del oficio.

FERN. Por supuesto que consulta y de noche, me la paga. A este enfermo le pongo yo una cuenta que le baldo.

ANDRÉS ¡Pobre señor! ¿No tiene bastante con su enfermedad?

CAR. ¿Y por qué no envían ustedes por un simón y se van los dos juntos?

ANDRÉS Es verdad.

ANG. (Casi me podían llevar á mí también.)

FERN. Eso es, yo dejo á Conde en el Casino y sigo á mi visita.

ANDRÉS Bien, pero no me llame usted Conde.

FERN. ¿Por qué?

ANDRÉS Eso de no ser título más que de apellido parece que es querer y no poder. Siempre me ha fastidiado mucho.

FERN. Está bien, don Andrés.

ANDRÉS Así ya es otra cosa.

CAR. (Toca el botón del timbre.) Diré á Manuel que baje por el coche.

ANDRÉS Mientras pasaré por mi abrigo.

FERN. Sí. Yo también he de arreglarme un poco.

ANDRÉS (A doña Rosa.) ¿Vamos?

ROSA Me quedo con Carmen hasta que tu vuelvas. (Se sienta junto á la mesa de tresillo.)

ANDRÉS Entonces, hasta ahora mismo. (Vase por el foro acompañado de Fernando, que vuelve en seguida.)

ESCENA VI

DICHOS y MANUEL, menos DON ANDRÉS.

MAN. (Por el foro.) ¿Llamaban los señores?

CAR. Baje á la esquina y traiga un coche. Y ahora salga á alumbrar á don Andrés. (Manuel se retira.)

ROSA No. Me parece que éste ya va bastante alumbrado.

FERN. Tú, Angelito, á la cama.

ROSA Sí, pollo, que mañana habrá que madrugar.

ANG. Que pasen ustedes buena noche. (Da la mano á doña Rosa.)

ROSA Adiós, hijo mío.

ANG. Hasta mañana, Fernando. Adiós, Carmen. (Iré vistiéndome.) (Vase por la primera derecha.)

CAR. (A Fernando, que ha abierto el ropero y esta descolgando ropa.) ¿Te ayudo?

FERN. No, chiquita. (Bajando la voz.) Atiende á doña Rosa. (Carmen se sienta junto á doña Rosa.) Llevaré el *mac-ferlan*, que es mucho más cómodo. (Se echa al brazo un chaquet y un mac-ferlan. Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VII

CARMEN y DOÑA ROSA

CAR. La verdad es que una gran ventaja de la casa son estos roperos tan hermosos...

ROSA Lo que me extraña es que puedan ustedes utilizarlos ¿No hay aquí ratones?

CAR. ¿Ratones? ¡No! Es decir, hubo hace tiempo, pero ya no se ve ninguno.

ROSA Vamos, se han pasado todos á nuestra habitación. Porque estamos plagados. Y es una desesperación; todo se lo comen, todo lo estropean.. Hay uno en mi alcoba que hace una semana no me deja pegar los ojos. Y le tengo una tirria...

CAR. Pues aquí, ya digo, tuvimos sí, bastantes, pero acabamos con ellos gracias á unas píldoras, á unas bolitas que hizo mi marido y que tenían arsénico ó no sé qué veneno; una cosa muy fuerte, porque en cuanto las probaban caían redondos. Más ratas cogimos aquí en una semana que cogen en el Gobierno civil en año y medio

ROSA Pues, hija, en cuanto salga Fernando voy á pedirle la receta, porque te aseguro que estoy aburridísima. Y no te creas, he ensayado ya no sé cuantos sistemas de exterminio, pero sin resultado ¿Ratoneras? De todos los modelos conocidos, Pero es que yo creo que los ratones de hoy nacen enseñados: se comen el queso y no caen en la trampa.

CAR. Pues lo que es con estas píldoras acaba usted con ellos. Y, mire usted, (Levantándose.) tengo idea de que sobraron unas cuantas. Como sus efectos fueron tan rápidos...

ROSA Pues sí, te lo agradecería...

CAR. Aguarde usted un momento. (Vase por la primera izquierda.)

ROSA No tengas prisa... Aquí te espero haciendo un solitario.

ESCENA VIII

DOÑA ROSA haciendo un solitario sobre la mesa de tresillo.

ROSA — A ver si puedo descansar una noche... Porque lo que es el inquilino de mi alcoba es el primero que prueba en casa las pildoritas de Fernando. (Transición.) Y aún dirán que los médicos no sirven para nada... Pues mire usted si sirven. Verdad es que para matar, pero el caso es que sirven (Transición.) Adiós, este no sale...

ESCENA IX

DICHA y CARMEN

CAR. — (Por la primera izquierda, trayendo una cajita de cartón en la mano.) Aquí están. (Abre la caja y enseña el contenido á doña Rosa.) Hay bastantes todavía...

ROSA — ¡Y qué pequeñas! Parece mentira que con esto... Pues, hija, mil gracias. No sabe el ratoncito ese la cena que le espera.

CAR. — (Deja la caja sobre la mesa de tresillo.) ¿Y don Andrés, no tiene también compañía en su habitación?

ROSA — Como ronca de esa manera tan estrepitosa yo creo que los ahuyenta.

CAR. — Es un buen preservativo.

ROSA — Y un buen aislador. Por eso dormimos separados. En treinta años de matrimonio no he podido acostumbrarme yo á su música, conque para que se acostumbren los ratones.

ESCENA X

DICHAS y MANUEL

MAN. — (Asomando por el foro.) El coche está abajo. (Vase.)

CAR. — (Se acerca á la segunda derecha.) ¿Oyes, tú? Ya está el coche.

FERN. (Dentro.) Salgo en seguida.

ROSA El que no sale es este solitario; por más vueltas que le doy...

CAR. (Á doña Rosa.) Los hombres hablan de las mujeres, y tardan ellos en componerse mucho más que nosotras.

ROSA (Levantándose y recogiendo las cartas.) ¡Vaya! También Andrés no sé lo que está haciendo.

CAR. Por Dios, no corre prisa.

ROSA Al enfermo que espera á tu marido sí le correrá. Figúrate si estuviéramos en su caso. ¡Ay, Dios nos libre! Voy, voy á ver. Adiós, monina. (Da un beso á Carmen.)

CAR. Hasta mañana, doña Rosa.

ROSA No salgas, no. Ya me abrirá Manuel.

CAR. Como usted quiera. (Acompaña á doña Rosa hasta la puerta del foro, por la que se va aquella.) ¡Teresa! Estoy muerta de sueño.

ESCENA XI

CARMEN; en seguida TERESA y FERNANDO

CAR. (Se acerca á la puerta del cuarto de Fernando.) Pero, señor, ¿en qué puede entretenerse tanto?

FERN. (Sale con el «mac-ferlan» y el sombrero de copa puestos. En la mano trae la americana que llevaba antes.) Bueno, ya estamos listos. ¿Y doña Rosa?

CAR. Acaba de marcharse.

FERN. (A Teresa que acaba de entrar por la puerta del foro.) Aquí fuera dejo mi americana para que se acuerde usted de pegarle mañana este botón, (Le da un botón y deja la americana sobre el respaldo de un sillón próximo á la mesa de despacho.)

TER. (Guarda el botón en el bolsillo de su delantal.) Está bien, señorito.

CAR. (A Teresa.) Entre en la alcoba que voy á acostarme. (Vase Teresa por la primera izquierda.—A Fernando.) ¿Vas bien abrigado?

FERN. Ya lo creo.

CAR. ¿Y pañolito á la garganta, por qué no llevas?

FERN. Subiéndome el cuello...

CAR. Trae. (Le sube el cuello del abrigo.) Siempre la manía de la corbata negra.

FERN. Es más serio, ya ves. Los médicos somos como los padrinos de duelo. Llevamos el luto por adelantado.

CAR. ¿Te esperan?

FERN. No, llevo el llavín. Las consultas á veces se prolongan mucho ..

CAR. (En tono de broma.) A saber á donde te irás tú ahora. Al baile con la vecinita.

FERN. ¿Todavía?

CAR. Perdóname (Mimosa.) Tengo tal miedo de que me roben tu cariño...

FERN. (Abrazándola.) Vaya, vaya, á dormir. Estás cayéndote de sueño.

CAR. Júrame antes que no te gusta esa mujer.

FERN. Sí, te lo juro.

CAR. Que no te entretengas, ¿eh?

FERN. Lo menos que pueda

CAR. Así como así, las consultas no sirven para nada.

FERN. (Riendo.) En general es cierto, pero eso no debemos decirlo nosotros. (Se oye sonar un timbre.)

CAR. Han llamado. Don Andrés.

FERN. Voy á ahorrarle camino.

CAR. Hasta luego, Fernando

FERN. Adiós, Otela. (Vase por el foro y Carmen por la primera izquierda, apagando las luces de la mesa.)

ESCENA XII

ANGELITO

(Después de una pequeña pausa, asoma con precaución por la primera derecha Viste pantalón de paño negro, corbata blanca camisa de frac, y sobre ésta, y sin chaleco, su americana negra.) ¿Aún encendido? El frac debe de estar allí. Si me sirviese me resolvía por completo el problema. (Va á abrir el ropero, pero se oye rumor de voces por el foro y se retira bruscamente.) ¡Canario! (Vuelve á entrar en su cuarto y cierra.)

ESCENA XIII

MANUEL

(Por el foro.) ¿Una cajita de cartón que hay sobre la mesa? (Se acerca algo á la de despacho, y no viendo la caja que dejó Fernando, por ocultarla la papelera, vuelve en seguida la vista hacia la mesa de tresillo y halla la que dejó Carmen.) ¡Ah, sí, ésta es! La envolveremos antes. (Corta un pedazo del «Heraldo» que Angelito dejó sobre la mesa de tresillo y envuelve en él la caja.) Buena persona es la criadita del entresuelo...

ESCENA XIV

DICHO y FERNANDO

FERN. (Por el foro y llevando en la mano una carta y un sobre de papel de color.) ¿Qué, no la encuentras?

MAN. Sí, señorito; es que estaba envolviéndola.

FERN. Bueno, hombre, despacha. Ya ves que tiene prisa. (Manuel se va por el foro, llevándose la cajita envuelta.)

ESCENA XV

FERNANDO; en seguida DON ANDRÉS

FERN. Milagro que me haya alcanzado en casa. (Tira el sobre encima de la mesa de despacho y ojea la carta.) Y es claro, se comprende que no quiera hacer una mala digestión de la cena. Es la dispepsia nerviosa de Leube, perfectamente caracterizada.

ANDRÉS (Por el foro, con abrigo y sombrero.) ¿Algún otro avisito?

FERN. No. ¿Por qué?

ANDRÉS Como al ir á llamar he visto que salía una muchacha.

FERN. La criada del entresuelo.

ANDRÉS ¿De doña Serpentina?

FERN. Me escribe para que si me hallaba levantado le enviase una medicina, aquella de que hablamos antes, ¿se acuerda usted? Ahora no se encontraba bien y..

ANDRÉS ¡Pobrecita! ¡Se quedó sin baile!

FERN. ¡Quiá! Precisamente me pide los anises para llevárselos y activar la digestión de la cena.

ANDRÉS Cena que no dejará de hacer en buena compañía.

FERN. (Riendo.) Seguramente.

ANDRÉS Pues cuando usted quiera...

FERN. (Guarda la carta en el bolsillo de su abrigo. Se dirigen hacia el foro; pero don Andrés se vuelve de pronto.) ¡Ah, diablo! Ya se me olvidaba...

FERN. (Volviendo también.) ¿Qué?

ANDRÉS Lo único que me encargó mi mujer: que le entrase, al marcharnos, una cajita que se dejó aquí.

FERN. ¿Una cajita?

ANDRÉS Sí; esas bolitas que le dieron ustedes para matar ratones.

FERN. No sé. Se las daría Carmen.

ANDRÉS (Buscando en la mesa de tresillo, sobre la que estarán las cajas de fichas.) Me parece que dijo que había quedado en esta mesa.

FERN. Pues no .. Quizás aquí... (Busca en la mesa de despacho y coge la cajita de anises que dejó en ella.) ¿Cómo?... ¡Adios! ¿A que ese animal las ha equivocado? (Se asoma á la puerta del foro.) ¡Manuel! ¡Manuel!

ANDRÉS Pero, ¿qué pasa?

FERN. Una friolera. Que creo que hemos mandado las bolitas de arsénico á la prójima esa.

ESCENA XVI

DICHOS y MANUEL

MAN. ¡Señor!

FERN. A ver. ¿Qué caja has dado tú...?

MAN. Una que estaba aquí, sobre la mesa de tresillo.

FERN. (Enseñándole la otra caja.) ¡Animal! Esta era la que había que dar. (Rapidez y azoramiento.)

MAN. Como el señor me dijo que era la de la mesa...

FERN. ¡De esta mesa! (La de despacho.)

MAN. Bajaré á descambiarla.

FERN. Quita. Nosotros mismos. (Guarda la caja en el bolsillo de su mac-ferland.) ¿Viene usted, don Andrés? Pues, digo, si nos descuidamos... Es un veneno horrible. (Vase por el foro, seguido de don Andrés.)

ESCENA XVII

MANUEL, que ha quedado aturdido junto á la puerta

¿Veneno ha dicho? También, ¿para qué tendrá esas cosas tiradas por enmedio? (Coge la americana de Fernando.) ¿La americana del señorito? (Se la echa al brazo.) La limpiaré mañañana. Ahora á dormir, que es tarde. (Vase por el foro y cierra.)

ESCENA XVIII

TERESA. (Primera izquierda.) Lleva al brazo el vestido de Carmen. Antes de cerrar la puerta finge hablar con su ama, que está dentro

¿No esperamos al señor? (Momento de pausa.) Está bien. Que la señorita descanse. (Cierra la puerta y avanza al centro de la escena.) Mejor, así descansaremos también todos. Anda, ya se ha dejado ése todo por enmedio. Pues si espera que yo se lo recoja... (Se va por la puerta del foro, cuyas dos hojas cierra, después de apagar la lámpara del centro con el interruptor correspondiente.)

ESCENA XIX

ANGELITO. Sale con precaución por la primera derecha. Viste como la última vez que salió, y lleva en la mano una linterna sorda encendida y al brazo un abrigo

Ya se han marchado. Acabo de oir la puerta. ¡Qué nervioso estoy! Pero alguna vez había yo de sacar los pies del plato. (Se asoma á la puerta del foro.) Nada se oye. (Deja la linterna sobre la mesa de despacho y el abrigo sobre una silla.) Y que ella está por mí, si no ni hubiese aceptado el billete ni la invitación de la cena. Lo que siento es que tenga que ir á ese palco. ¿Qué número dice? (Saca del bolsillo de su americana una carta sin sobre y escrita en papel del mismo color que la de Fernando.) «Bajo, 5.» (Guarda la carta en el bolsillo.) En fin, no perdamos tiempo. (Abre el ropero y registra en él.) A ver... Sí, aquí está el frac. (Descuelga una cruz de madera y de ella un frac y un chaleco negro escotado, volviendo á dejar la cruz en el armario.) Y el chaleco. Pantalón, no. Este de luto hace bien su papel y siempre me estará mejor que el de Fernando. (Cierra el ropero, se quita la americana y la deja sobre el respaldo del sillón en que antes estuvo la de Fernando.) Manos á la obra. (Se pone el chaleco.) ¡Ajajá! Apretando la trincha... ¡Bueno! El chaleco no está mal. Vamos á ver el frac. (Se lo pone.) Muy pasadero... La espalda un poquito ancha, muy poco. ¿Y que quién va á fijarse? Nada, que me ahorro los tres duros del alquiler. Así, pagados la corbata y los guantes, aún me quedan cerca de nueve duros. Con nueve duros yo creo que ya podrán cenar dos personas... Ahora el clac. (Vuelve á abrir el ropero y saca una caja de cartón achatada.) ¡Maldito nudo! (Desata las cintas de la caja, abre ésta y saca un sombrero clac, volviendo á dejar la caja en el armario. Al sacar el sombrero, se abre este con fuerza y ruído.) ¡Caracoles! Esto es un cañón de á veinticuatro! (Se lo pone.) Así, regular. Pero

yo creo que en el baile se llevará cerrado. (Lo cierra, y apoyándolo en la cadera, se coloca en una posición afectada.) Así pintan, al menos, á los figurines de las sastrerías. Lo que es ahora no me dirán los compañeros de la Universidad que soy ningún panoli. ¡Panoli! Así estén todos en el baile. (Se pone el gabán, que sacó de su cuarto y mete la mano en un bolsillo.) Bueno. El billete va aquí (Tentando el del pantalón.) El dinero... los guantes. (Saca unos guantes blancos de un bolsillo del pantalón, hace intención de ponérselos y vuelve á guardarlos.) No; pueden mancharse en el tranvía Bajaré por la escalera interior, y así, al salir, cojo la llave y no hay que enterar á nadie de mi fuga. (Mirando el sombrero.) ¿Lo abro?... Lo abriré fuera. (Vase por el foro, llevando la linterna en una mano y el clac en la otra.)

ESCENA XX

FERNANDO Y ANDRÉS

FERN. (Asomándose por la segunda derecha.) Despacio, por Dios. (Entra á tientas, seguido de don Andrés. Ambos hablan al principio de la escena en voz baja, cuyo tono van elevando gradualmente. Fernando da luz con la llave del foro.) Ya que, gracias al llavín, y pasando por mi cuarto hemos podido entrar sin que se enteren...

ANDRÉS Sí, sí, que no despierte Carmen. Se asustaría mucho la pobrecilla...

FERN. No es para menos. Si pueden hasta formarme causa.

ANDRÉS Calma, hombre, calma. ¿Dónde dice usted que tiene esos billetes?

FERN. (Coge los que hay en la papelera y los deja sobre la mesa.) Aquí, y no es poca fortuna...

ANDRÉS De modo que, resueltamente, ¿va usted al baile?

FERN. ¡Qué remedio!

ANDRÉS Si el coche hubiese estado aun á la vista...

FERN. (Deja los billetes sobre la mesa.) Y es claro, lo que la criada dice es verosímil. Su ama, que

estaba ya para marcharse, vertió en la bombonera el contenido de la cajita .. (Se quita el mac ferlan, que deja sobre una butaca.)

ANDRÉS ¿Pero usted está seguro de hallar en el baile á esa mujer?

FERN. Hombre, espero que sí. Su disfraz,—el que ví en su casa—es un capuchón muy vistoso. No es probable que haya otro parecido. Además, creo recordar que dijo que iba á un palco...

ANDRÉS Entonces es más más fácil... Pues, nada, no pierda usted más tiempo. (Se sienta.)

FERN. No pienso componerme mucho. Pero es indispensable que vaya de *frac*. (Abre el ropero.)

ANDRÉS ¡Ah, claro!

FERN. (Buscando en el ropero.) El caso es que yo no respondo de que mi *frac* esté aquí. Me lo pongo tan poco... (Cierra bruscamente el armario y vuelve muy exaltado al proscenio.) ¡Vamos, esto me faltaba!...

ANDRÉS (Levantándose.) Por Dios, no se exalte usted...

FERN. (Transición.) De seguro, eso ha sido.

ANDRÉS ¿Qué?

FERN. Que lo ha guardado mi mujer. Como ella es la que cuida de mi ropa... ¡Y vaya usted á saber dónde! En su armario de vestidos, en el arca...

ANDRÉS Cuando el diablo se propone enredar las cosas...

FERN. Porque ahora, ¿cómo despierto yo á Carmen? Si no le explico todo, ¿qué pretexto inventar? Y si se lo digo, ¡qué di gusto y qué intranquilidad para la pobre!

ANDRÉS Pues yo, mucho lo siento, pero no tengo más frac que uno castaña de cuando yo era pollo. Vamos, del tiempo de Maricastaña.

FERN. Bueno, pues me iré así. (Se pone el sombrero.)

ANDRÉS No podrá entrar en la sala de baile.

FERN. Andaré por los pasillos, por el *foyer*, me asomaré á todas las puertas, y en cuanto divise por algún lado una máscara con ese capuchón...

ANDRÉS (Vacilando.) ¡Qué contrariedad!

FERN. Este pantalón (Por el que lleva.) es casi negro.

Abrochado el abrigo, parecerá que voy á un palco. Así me voy. (Vuelve á coger los billetes.) «Billete de caballero.» (Los cuenta.) ¿Solo dos? Juraría que mandaron tres. ¿Y otros dos de señora? En fin, con uno basta (Guarda uno en el bolsillo del «mac fellan» y tira los otros sobre la mesa de despacho.)

ANDRÉS Coja usted los dos. Yo voy también.

FERN ¿Usted?

ANDRÉS Pues claro. Si á usted le permiten el paso, á mí no me dejarán á la puerta. En último caso, podemos explicar lo que ocurre.

FERN. No, eso no. Luego estas cosas corren y los enfermos vuelan.

ANDRÉS Razón de más para que yo vaya. Usted está muy exaltado. Y que siempre ven más cuatro ojos que dos.

FERN. (Conmovido y estrechando la mano á don Andrés.) ¡Oh! Gracias, muchas gracias.

ANDRÉS Ea, no perdamos tiempo.

FERN. (Coge y guarda otro billete; los dos que sobran los coloca en la papelera.) Bajaremos por la escalera de servicio, y así Carmen no sentirá la puerta. (Se va hacia el foro y vuelve.) ¡Ah! El enfermo de la consulta. .

ANDRÉS Al ir. ¿No es en la calle del Arenal?

FERN. Sí, pero ahora no voy. Por muy grave que se halle, no estará de tanto peligro como la otra. (Apaga Fernando y vanse por el foro.)

ESCENA XXI

CARMEN

(Por la primera izquierda, en «matinée» y zapatillas.) ¿Eh? ¿Quién anda ahí? (Da luz.) ¿Nadie? Juraría que había oído hablar en esta habitación... Vamos, estaría medio dormida y lo he soñado (Suena dentro un timbre; llamada corta. Carmen, que volvía á su cuarto, se detiene.) ¿Llaman? Algún otro aviso para Fernando. Pues este ya llega un poco tarde. (Se asoma a la puerta del foro.) ¡Manuel! ¡Manuel!... Iré yo misma. (Vase por el foro.)

ESCENA ULTIMA

CARMEN y DOÑA ROSA, por el foro, y después de una pequeña pausa. Entran hablando

ROSA ¿Te hice levantar?

CAR. No, no... Es que me pareció oir hablar aquí.

ROSA Pues venía por eso que me diste para los los ratones. Como tenga esta cabeza ..

CAR. (Busca sobre la mesa de tresillo.) ¿Se dejó usted la caja?

ROSA (Idem.) Aquí, sí.

CAR. No la veo... (Busca encima de la otra mesa y sobre la chimenea)

ROSA Ya sé lo que ha pasado. Andrés la ha recogido, pero se la ha llevado en el bolsillo.

CAR. (Sigue buscando.) Eso será, porque no la encuentro...

ROSA Pues me ha divertido. Ahora, hasta que vuelva del Casino, ya tengo dos horas de serenata; y de música ratonera, que es la peor.

CAR. (Cogiendo el sobre que Fernando dejó sobre la mesa de despacho.) (¿Qué sobre es éste?)

ROSA ¡Vaya! Me dedicaré á mayar desde mi cama: mi ocupación de todas las noches.

CAR. (Preocupada y mirando el sobre.) («Señor don Fernando Menéndez.» Y es de esa mujer, la tinta y el papel, no tienen pérdida...

ROSA ¿Qué te pasa?

CAR. Que me choca este sobre... Porque mi marido no ha recibido esta noche ninguna carta.

ROSA Sí, mujer El aviso para la consulta.

CAR. ¿El aviso? (Transición) ¿Usted tampoco estaba aquí cuando lo trajeron?

ROSA (Con naturalidad.) No, ¿no te acuerdas que entramos á buscar mi toquilla?

CAR. ¡Qué sospecha! (Coge la americana que dejó Angelito en el sillón.) Esta es su americana.

ROSA ¿De quién?

CAR. La de Fernando. El mismo la dejó aquí.

(Registra los bolsillos y saca de uno la carta que metió Angelito.) ¡Ah! Justo... Igual papel... (Comparándola con el sobre que lleva en la mano.) ¿Qué es esto? (Tira la americana sobre una silla.)

ROSA ¿Me explicará?...

CAR. (Leyendo la carta.) «Simpático vecino...»

ROSA ¿Eh?

CAR. «Simpático vecino: *aceto* el billete que me *ama*..»

ROSA ¿Qué la ama?

CAR. «Que me ha *madado*, que me ha mandado para el baile, y *aceto* también su *combite* para que cenemos juntos.» ¡Oh!

ROSA (Queriendo quitar la carta á Carmen.) Trae, trae aquí...

CAR. (Leyendo con creciente indignación.) «Vaya á buscarme al palco bajo número cinco, porque tengo compromiso con unas amigas Su *afeitísima*, Emma.» (Cae llorando en una butaca.) No puedo más.

ROSA Carmen, Carmencita, por Dios... (Se sienta á su lado.)

CAR. ¡Infame! Si me lo decía el corazón...

ROSA Pero hija mía. .

CAR. En cuanto ví este sobre... No sé, fué como un presentimiento... Mire usted si mis celos eran fundados

ROSA Y el caso es que yo soy la culpable de todo.

CAR. ¿Usted?

ROSA Pues claro está. Si no hubiese venido, ni tú habrías encontrado ese maldito sobre, ni se te hubiese ocurrido registrar los bolsillos de esta americana.

CAR. ¡Dios mío, Dios mío!

ROSA Una cosa muy fea: registrarle al marido la ropa.

CAR. Esta es la verdadera carta que él recibió. Pero, claro, como necesitaba explicar su salida...

ROSA (Levantándose bruscamente.) El caso es que cuando tu marido recibió esta carta, Andrés estaba aquí también...

CAR. No se la leería...

ROSA ¡Horror! ¿Será su cómplice? ¿Se habrán marchado juntos? (Transición.) Sin embargo, An-

drés iba de americana. Yo misma le puse el gabán.

CAR. (Levantándose; alegría.) Entonces Fernando... (Transición.) Es decir, él salió de su cuarto con el *mac-ferlan* abrochado hasta arriba. Bien podía llevar el frac debajo...

ROSA No se hubiese atrevido...

CAR. (Abstraida.) La corbata era negra, de lazo, de las que sirven para *frac*. Se la ví cuando le subí el cuello...

ROSA ¿Y las mangas? Con esos abrigos se ven las mangas

CAR. No sé. Negras también, pero lo mismo podían ser del *frac* que del *chaquet*... ¿Para qué calentarnos la cabeza? (Abre el ropero.) Su frac ha de estar aquí. La levita... el traje de mañana... Ni el *frac* ni el chaleco escotado... (Cierra y vuelve al proscenio.) ¡La cruz! ¡La cruz vacía!..

ROSA Para cruz la que tenemos nosotras con semejantes pillos.

CAR. ¡Perjuro!... ¡Falso! A los seis meses de matrimonio...

ROSA La verdad es que ya podía haberse esperado un poquito.

CAR. Por eso no me llevaba al baile. Para llevar á Serpentina.

ROSA Serpentona, y de cascabel.

CAR. (Coge los billetes que quedaron en la papelera.) Vea usted, mas pruebas. A Fernando le enviaron tres billetes de señora y tres de caballero. Quedan dos de señora.

ROSA ¿De caballero ni uno? Si no pensase que Andrés ya no está para nada...

CAR. (Siguiendo su idea.) Pues sí, señor.. ¿Y por qué no? De ese modo y cogido *in fraganti* no podía negarme su traición.

ROSA ¿Qué estás hablando ahí sola?

CAR. Que Fernando no ha querido que yo fuese con él al baile, y que voy á ir sin él.

ROSA ¿Qué desatino es ese?

CAR. Dos billetes hay. ¿Quiere usted acompañarme?

ROSA Nunca.

CAR. Tomamos un coche, alquilamos dos disfraces. Si usted no quiere venir, me voy yo sola.

ROSA Y lo hace...

CAR. ¿Que si lo hago...? O si no, mire usted, puedo despertar á mi hermano. (Yendo hacia la primera puerta de la izquierda.)

ROSA No, no, pobre Angelito. ¿A qué le vas á enterar de ciertas cosas?

CAR. Resuelva usted, entonces...

ROSA Mira, de acompañarte...

CAR. ¡Oh, gracias, doña Rosa! Es usted como el pan. (La abraza.)

ROSA Y por eso me comes tú por sopas.

CAR. Entre aquí. Voy á echarme un vestido.

ROSA (Esta chica me aturde.)

CAR. (Empujando á doña Rosa hacia la primera izquierda.) ¡Ah, pillo, infame! ¡Pero le juro á usted que nos veremos! (Vase siguiendo á doña Rosa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena dividida en tres partes. En el centro el pasillo de palcos bajos del teatro Real; el trazado de las paredes indica la forma circular del pasillo. Este será bastante ancho. En la pared derecha de este pasillo se abren las puertas de entrada á los palcos, viéndose dos, cuando menos, y sobre ellas, y en orden del proscenio al foro, los números 5 y 3. En la pared izquierda del mismo pasillo, otras dos puertas: una pequeña, de una hoja, sobre la que se leerá éste rótulo: TOCADOR DE SEÑORAS, en primer término, y en segundo (es decir, hacia el foro por la forma circular del corredor), una mampara encarnada. Alfombra común para las tres divisiones. A la parte derecha de la escena, el antepalco número 5. En las paredes papel ó percalina granate oscuro. En la del foro una percha, y debajo un diván de terciopelo del mismo color que el papel. Junto al diván, en una silla de palco, un lío de ropa envuelto en una colcha de raso. Otros con serpentinas y varios paquetes de *confettis* en otra silla. La puerta que comunica el antepalco con el pasillo, se abre hacia el lado de éste. Limitan la escena por la derecha, las cortinas que marcan la separación del palco y antepalco. Estas cortinas, de terciopelo granate, pueden correr en un bastón, y estarán descorridas al comenzar el acto. En tal disposición se verá algo del palco, limitado hacia el foro por el tabique de separación con el palco inmediato (número 3). En esa esquina, que se ve solamente cuando las cortinas se hallen descorridas, puede colocarse una silla alta de las que tienen á sus piés una banqueta. En el lado izquierdo de la escena el tocador de señoras, habitación de muy reducidas dimensiones. Su puerta, al pasillo, abrirá hacia el tocador, con los goznes hacia el foro. En el tabique del foro de este cuarto, un hueco de puerta, sin hoja, con una cortina de yute. En la pared izquierda del tocador, un mueble de los que llevan aquel nombre; sobre el tablero de dicho mueble, enseres de *toilette*, un par de gemelos de teatro y una bandeja con botella de agua y dos vasos. Dos sillas de rejilla y un aguamanil con su jarro. Todo muy sencillo. En el pasillo central, y en primer término, otra silla de rejilla inmediata á la puerta del tocador. Esta, al levantarse el telón, se hallará abierta. Se oye una polka, que se supone toca la orquesta en la sala del baile, y que cesa al comenzar la escena segunda.

ESCENA PRIMERA

LUISA, vestida modestamente y sentada en la silla del pasillo, lee un libro. GUERRA, en el antepalco, se quita y cuelga en la percha su abrigo de pieles y su sombrero de copa, quedando vestido de frac y corbata blanca. NICOLÁS, con librea de acomodador y gorra galoneada en mano

NIC. (Leyendo una nota escrita en una tarjeta y señalando los paquetes de serpentinas y «confetti», que hay el suelo.) Tres cientos de serpentinas de las más largas—que son estas—dieciocho pesetas; tres de las cortas, doce; tres kilos de confetis, nueve; mariposas, ocho; total cuarenta y siete. Hasta cincuenta sobran tres. (Echa mano al bolsillo del chaleco.)

GUERRA Bueno, quédatelas.

NIC. (Da a Guerra unos anteojos.) Los gemelos...

GUERRA Trae. (Señalando el envoltorio de la colcha.) ¿Y esto, qué es?

NIC. ¡Ah, sí! Lo subieron de Contaduría, con orden de que se entrase en este palco.

GUERRA (Registra el envoltorio.) (¿Un disfraz? De Serpentina, como si lo viese. Esa Serpentina si que es larga, de las más largas, de estas.) (Desenvuelve un paquete de serpentinas y saca una.)

NIC. ¿Manda el señor algo más?

GUERRA No ¡Ah! Toma el palco (Le da un billete.)

NIC. (Inclinándose.) Servidor. (Sale al pasillo y se cubre.)

GUERRA Me parece que el conde no se quejará de cómo he hecho las cosas. El me encargó que en todo tirase de largo. (Se acerca al palco y tira la serpentina.) Pero me parece que más largo no se puede tirar. (Pasa al palco.)

ESCENA II

LUISA y NICOLÁS. Después un ABONADO y una MÁSCARA

LUISA (Dejando de leer y volviendo la cabeza al oír el sonido de las monedas que cuenta Nicolás.) Vaya, señor Nicolás, que algo se pesca.

NIC. (Guardando el dinero.) Pues, mire usted, más me ha dado de lo que yo me figuraba. Como este punto anda siempre á la cuarta pregunta...

LUISA ¿Le conoce usted?

NIC. ¿Y quien no? El creo que se llama el señor de Guerra, pero todos le llaman el señor de Gorra.

LUISA ¿Tan aprovechao es?

NIC. Una lapa. Y así vive, con unos y con otros. Ahora mismo ¿á saber quien habrá pagado todo esto?

ABON. (Entrando por la puerta del foro, del brazo de una máscara.) ¡Acomodador!

NIC. ¡Va!

ABON. (Dando un billete á Nicolás.) El 3

NIC. (Abre la puerta del 3 y saluda.) ¿Necesita algo el señor?

ABON. (Entrando con la máscara en el palco número 3.) No, gracias

NIC. (Aparte.) Tú ya traes todo lo que necesitas. (Vuelve al proscenio.) Bien; se acabó el encierro.

LUISA ¿Se ocuparon todos los palcos?

NIC. Los míos sí

LUISA ¿Y ahora á descansar?

NIC. Pues claro. No es poca suerte que estas puertas no sean de esas de llavín, como las de otros teatros.

LUISA Vaya, que usted no dirá que el trabajo le mata.

NIC. Mire quién habló, la que se pasa las horas muertas sentada en esa silla. Así se da usté esos atracones de lectura. (Coge el libro que tiene Luisa sobre la falda.) «El tronco de la asesinada» ¿Y qué es esto?

LUISA Un cuerpo de mujer que encuentran en París, en el barrio de las Batignolles, (Pronuncia esta palabra como en castellano.) sin cabeza y sin piernas.

NIC. Vamos, que es un libro sin pies ni cabeza. (Se lo devuelve.)

LUISA Bien bonito sí que es, y bien que siento que se acabe. Ahora, al final se descubre todo.

NIC. ¿Y las piernas también?

LUISA No sea usted guasón.

NIC. (Levantándose.) No quiero fastidar. Me voy á echar un párrafo con el amigo Antonio. (Vase por la vuelta del pasillo. Luisa reanuda su lectura.)

ESCENA III

LUISA; CORA, disfrazada de mora, con antifaz puesto, escotada y los brazos desnudos; entra por la puerta del foro, cogida con ambos brazos de los de ALFONSO y BOBITO, que llevan abrigos y sombrero de copa. Después GUERRA

CORA
ALF.
BOB. } (Avanzando al proscenio y cantando con música de «Certamen Nacional».)
«Ya somos tres, tres, tres,
ya somos tres
de calidad.. »

(Entran en el antepalco del 5.)

GUERRA (Por la derecha.) Silencio, escandalosos.

BOB. Hola, joven (Se saludan y dan las manos.)

GUERRA (Á Alfonso.) ¿Cómo andamos?

ALF. A pie. No me han dejado ni para un simón.

(Se quita el abrigo que cuelga en la percha. Bobito hace lo mismo y ambos quedan de frac.)

GUERRA Pues lucido vienes.

CORA (A Guerra, fingiendo la voz.) ¿Me conoces?

GUERRA Demasiado, Corita.

CORA (Quitándose el antifaz. Alfonso y Bobito se asoman al palco.) ¡Hombre, qué fino!

GUERRA Muy bien y muy bonita. ¿De mora, eh?

CORA De Zulima en *Los Amantes de Teruel.*

GUERRA Chica, no comprendo á Marsilla.

CORA ¿Y tu brasileño, no ha venido? Ya tengo ganas de conocerle. (Se sienta con Guerra en el diván.)

GUERRA Lo creo.

BOB. (Volviendo con Alfonso al antepalco.) ¿A quién? ¿Al conde de las Amazonas? Es muy simpático? Algo maduro ya pero muy corriente. Ayer le presentaron en La Peña.

CORA ¿Y es tan riquísimo como dicen.

GUERRA Más.

ALF. Pues tú, que vas siempre con él, debes saberlo de buena tinta.

CORA Lo raro es el título. Eso de conde de las Amazonas...

BOB. Sí, parece un título de caballería.

GUERRA Es el nombre de un río de su país. Y él es de otro Río: de Río-Janeiro, la capital.

ALF. Pues ya estará buen pez.

CORA ¡Quién le pescara!

BOB. Lo que he oído decir es que eso del condado es falso.

CORA Con tal de que sus billetes no lo sean...

GUERRA ¡Bah! Habladurías... Además: ¿á nosotros qué? El ha pagado el palco y él me ha dicho que pagará la cena.

BOB. ¡Bravísimo!

ALF. Entonces su título no es falso. El conde que paga es el verdadero conde.

BOB. Desanimadillo anda aún esto.

CORA Es temprano.

BOB. (A Alfonso, cogiendo un paquete de serpentinas.) Ven, echaremos algunas serpentinas.

ALF. Buen humor tengo yo de nada. (Pasa con Bobito al palco.)

ESCENA IV

LUISA, leyendo siempre. CORA y GUERRA en el diván del antepalco

CORA Ante todo, mil gracias por haberte acordado de mí.

GUERRA No faltaba más. En cuanto el conde me dió el encargo de que le trajese algunos amigos y unas cuantas mujeres bonitas, alegres y de poca aprensión al momento pensé en tí.

CORA ¡Ay! ¡Si lograse conquistar al brasileño! ¡Porque me está haciendo una falta renovar ya mis municiones!..

GUERRA ¿Qué? (Bajando la voz.) ¿Alfonso no da luz?

CORA (Idem.) No tiene dinero más que para el tapete verde.

GUERRA Pues creo que lleva ahora una racha...

CORA ¿Y á quién más avisaste? ¿A Loló?

GUERRA A Loló y á Emma.

CORA ¿A *Serpentina?* No sé si vendrá porque esta temporada no está bien.

GUERRA He oído que padece del estómago.

CORA ¿Y no ha de padecer si se ha tragado en un año á dos chicos del Veloz y á un consejero del Banco de Castilla?

GUERRA ¿Y ahora, tiene alguno de turno?

CORA No sé, pero si alguien tiene lo traerá. ¡Es tan desvergonzada!

GUERRA ¿Pues y tú? ¿No has traído á tu Alfonso?

CORA Es muy distinto. Eso lo sabe todo el mundo.

ESCENA V

DICHOS, ALFONSO y BOBITO, que vuelven al antepalco

BOB. ¿Qué? ¿No os asomais?

ALF. El señor de Gorra parece muy entretenido.

GUERRA De Guerra, eh Ya sabes que ese chiste me hace muy poca gracia.

BOB. Y tienes razón, que luego queda el mote. Ya véis lo que pasa conmigo: porque mi familia me llamaba *Bob* cuando yo era pequeño, ahora todo el mundo ha dado en llamarme *Bobito.*

GUERRA No, todo el mundo no. Nada más que los que te conocen.

BOB. Pues me fastidia mucho.

ALF. Bueno, Bobito, no te enfades, no volveremos á llamarte así. (Coge «confetti» y se los echa por el cogote. Todos ríen.)

CORA (Á ALFONSO.) Vamos, hombre, ¿estás ya menos abatido?

ALF. No me habléis de abatir. Ni una vez he abatido en toda la noche.

GUERRA ¿Tallabas con Enriquez?

ALF. Por mi desgracia. Yo, cuando ví que nos daba tan mal el naipe, quise levantarme en seguida. Pero él, nada, que repusiéramos y que repusiéramos, y así, completamente en tonto, hemos perdido cada uno cuatro mil pesetas.

CORA ¡Lástima de dinero! Si me lo hubiéseis regalado á mí...

ALF. Ya véis, en la última baraja nos habían dado diez y siete pases en los dos paños. Pues aun quería Enríquez que siguiéramos tallando.

BOB. ¡Qué burro!

ALF. Por supuesto que yo á los diez y siete pases me cuadré

GUERRA Lo creo. Con diez y siete pases se cuadra á cualquiera. (Risas. Animación.)

ESCENA VI

DICHOS, LOLÓ y EMMA, por la puerta del foro; traen dominós negros con lazos de color de rosa, antifaces iguales y bolsas idénticas

LOLÓ (Deteniéndose ante la puerta del 5.) Aquí es.

EMMA (Llevándose la mano á la capucha del dominó.) Dichoso dominó, qué mal puesto lo llevo.

LOLÓ (Entrando en el palco, seguida de Emma, y cerrando después. Con voz fingida.) Salud, pueblo.

GUERRA (Levantandose.) *Buona sera*, chiquitas.

EMMA (Desfigurando también la voz) ¿Nos conocéis?

GUERRA No es difícil. Emma y Loló.

ALF. Sí, pero ¿quién es Emma y quién Loló?

BOB. (Señalando a Emma.) Tú eres Loló.

EMMA (Quitándose el antifaz) ¡Qué talento de chico. Pues soy Emma.

ALF. (Dando á Bobito una palmada en el cogote) Este Bobito...

BOB. (Enojado.) Dale...

GUERRA ¡Qué igualitas venís! Dominós, antifaces, bolsas...

BOB. Parece que os ha vestido el obispo.

LOLÓ Como si los obispos vistiesen máscaras...

(Pasa al palco seguida de Alfonso. Emma se sienta en el diván al lado de Cora. Bobito y Guerra, de pie, quedan también en el antepalco.)

ESCENA VII

LUISA, tocador; EMMA, CORA, BOBITO y GUERRA, antepalco

EMMA ¿Trajeron un encargo mío?

GUERRA Sí, ahí lo tienes. (Señalando un envoltorio que hay junto al diván.) Ya suponía yo que era cosa tuya.

CORA ¿Se puede ver?

EMMA ¿Por qué no? (Desata el pañuelo y saca de él un capuchón á rayas blancas y azules, una falda azul y un antifaz blanco.)

GUERRA ¿Otro disfraz?

BOB. Muy bonito.

CORA Y muy vistoso.

BOB. (Acercándose al palco.) ¿Me llamabas, Loló? (Pasa al palco.)

ESCENA VIII

LUISA, tocador; EMMA, CORA, y GUERRA, antepalco

GUERRA (A Emma.) ¿Y para qué traes eso?

EMMA ¡Toma! Para cambiar después. En el último baile hice lo mismo, y me divertí mucho.

CORA (Desenvolviéndolo.) Anda, anda, falda y todo...

EMMA Pues claro. Y antifaz. Si no podrían conocerme por ellos.

GUERRA ¡Vaya con Serpentina!

EMMA Recuerdo que en aquel baile encontré á Pepe Urrutia, y tal bromazo le dí, alternando los dos disfraces, que le traje loco toda la noche.

CORA ¿Y te convidaría á cenar dos veces, una con cada uno?

EMMA ¡Ay, hija, bueno tengo el estómago para cenar dos veces!

CORA ¿Pues qué, no estas mejor?

EMMA (Vuelve á colocar el disfraz en el pañuelo y éste en el suelo, junto al diván.) Aquí precisamente, en mi bombonera (En la bolsa que lleva en la mano.)

llevo unos anises medicinales, que acaba de mandarme mi médico...

GUERRA Probrecita mía...

EMMA ¡Ah! (A Guerra.) Supongo que no habrá inconveniente en que venga luego por aquí un muchacho conocido mío, ¿eh?

CORA (A Guerra, levantandose) ¿No te lo dije?

EMMA Pues te equivocas. Hasta la fecha no es más que un pretendiente, al que habré visto dos ó tres veces á lo sumo, y siempre en la escalera.

CORA ¿Es farolero tu adorador?

EMMA Es vecino mío. Hace dos días, antes de recibir tu carta, (A Guerra.) me envió ese muchacho un billete para este baile y me invitó á cenar con él Yo acepté, pero ¿qué quieres? al saber lo del brasileño...

CORA Baza mayor quita menor.

EMMA Sin embargo, he escrito á mi vecino indicándole el número del palco. Ya ves, su invitación era anterior y...

GUERRA Pues nada, no te apures. Será de la partida. El conde es una persona muy corriente.

CORA Como todo el que ha corrido mucho.

EMMA (A Guerra.) Y dí, ¿es verdad que tiene tantísimo dinero?

GUERRA ¡Ay, hija! Todas preguntáis lo mismo...

ESCENA IX

DICHOS y LOLÓ, que vuelve al antepalco

LOLÓ Yo he oído que tienes mina de oro.

GUERRA Y otra de billetes de Banco. Y además un gran ingenio

LOLÓ Eso me es igual. (Se quita el antifaz.)

CORA Yo casi lo preferiría tonto.

GUERRA Un ingenio de azúcar, mujer, allá en su país

CORA ¿Y qué tal es de físico?

LOLÓ A mí me lo enseñaron en el Retiro la otra tarde, pero iba envuelto en pieles y. .

GUERRA ¡Ah, sí! Es muy friolero.

EMMA La diferencia de clima. .

LOLÓ Apropósito, ¿eso del Brasil es cosa de América, verdad?

GUERRA Precisamente.

EMMA Pues entonces (A Cora.) tú tienes mucho adelantado. Con pedirle informes á ese tío tuyo que tiene comercio en las Américas...

GUERRA ¿Comercio?

EMMA Trapería.

CORA Eso es una calumnia.

GUERRA Paz, niñas, paz.

LOLÓ Yo lo preguntaba por no meter la pata cuando le hable.

EMMA Y allá en su país, ¿qué lengua se parla?

GUERRA El portugués, pero el conde habla muy bien el castellano.

CORA Mejor. Así podremos entendernos.

EMMA ¿Qué más quisieras tú que entenderte con él?

CORA Y tú.

LOLÓ Y yo, y todas.

GUERRA Vaya, no empecéis ya á alborotar.

ESCENA X

DICHOS, ALFONSO y BOBITO. En seguida ANGELITO

ALF. (Entrando con Bobito, por la derecha.) Hay que dejar algo para después de la cena.

BOB. Si cenamos, porque nuestro anfitrión se está haciendo esperar.

CORA Hemos dicho que no vale poner motes.

BOB. ¡Uy, anfitrión mote! (Bulla y algazara.)

ANG. (Viene sin abrigo por la puerta de fondo del pasillo.) Aquí debe de ser. Yo creí que los palcos bajos eran las plateas Como están más abajo... (Se detiene ante la puerta del 5.) Número 5... Este es. Vaya, ánimo... La verdad es que el papel de calavera me viene un poquito ancho. Sí, y este frac también.. también me viene un poquito ancho. ¡Ah, los guantes!... (Se los pone.)

LUISA (Se levanta y deja el libro sobre el tocador.) Se acabó. ¡Tan bonita como era! .. (Vuelve á acercarse al pasillo.)

ALF. Chicos, ¿bajamos á dar una vuelta por la sala?

EMMA ¿Y el conde?

ALF. Que nos busque.

GUERRA Hasta dentro de media hora no caerá por aquí. (Deja los gemelos sobre el diván.)

CORA (Aparte.) ¡Ay, si cayera! (Se pone el antifaz, así como Loló.)

ALF. ¿En marcha? (Abre la puerta del pasillo y tropieza con ella á Angelito.) Usted dispense. (Salen todos al pasillo, menos Bobito, que queda en el antepalco cogiendo serpentinas.)

EMMA ¡Toma! Mi vecino. Venga acá, le presentaré á estos señores (Emma lleva el antifaz en la mano.) Mi amigo Angel... Bueno. ¿No es así?

GUERRA (Aparte.) ¿Angel Bueno? Debe de ser de pasta flora.

EMMA Mis amigas Cora y Loló. Los señores Guerra, Ibáñez...

GUERRA (Dando la mano á Angelito.) Los amigos de mis amigas son amigos míos.

CORA Pues ya tendrás amigos, ya.

LOLÓ Sí. Sólo con los nuestros... (Bobito sale al pasillo.)

EMMA El señor... Bobito. Nunca me puedo acordar de tu apellido.

ANG. ¿Tú también por aquí?

BOB. ¡Cuánto tiempo sin vernos! (Se abrazan.)

EMMA ¿Se conocían ustedes?

ANG. Hemos sido compañeros en la Universidad.

ALF. (A Bobito.) Pero, ¿tú has estudiado algo alguna vez?

BOB. Empecé á estudiar Derecho hace dos años.

ALF. ¿Empezaste á estudiar derecho, y luego te torciste? Eso le pasa á muchos. (Entra en el antepalco y coge serpentinas y un paquete de «confetti».)

GUERRA (A Angelito.) Pues si usted quiere... Ibamos á dar una vuelta por abajo...

ANG. Bueno. Me uniré á ustedes.

EMMA Un momento.

GUERRA ¿Qué ocurre?

EMMA Que me tira mucho el dominó y voy á entrar aquí en el tocador á arreglármelo (Entra en el tocador.)

LUISA Pasen, pasen ustedes. (Emma y Loló entran en el tocador.)

CORA (Cogiéndose del brazo de Alfonso, que acaba de salir al pasillo.) Abajo nos juntaremos.

ALF. (A Cora.) ¿Qué le ocurre?

CORA Dice que le tira el dominó.

ALF. A mí, en cambio, me tira el *bacarrat,* que es mucho más peligroso que el dominó.

GUERRA (A Angel y Bobito.) ¿Se quedan ustedes?

BOB. Las esperamos aquí fuera. (Vanse por el foro Cora, Alfonso y Guerra.)

ESCENA XI

EMMA, LOLÓ y LUISA (tocador); ANGEL y BOBITO (pasillo); después NICOLÁS

EMMA (Sentándose en la silla de frente al tocador y dejando en otra su bolsa.) No sé, como me vestí tan deprisa...

LUISA (Ayudándola á quitarse la capucha del dominó y á arreglarse el peinado.) Déjeme, señorita.

BOB. (A Angelito.) Vaya, hombre, ¿tú también por aquí?

ANG. En confianza, es mi primer vuelo.

BOB. (Extrañeza.) ¿El primero?

ANG. De veras. Si ya sabes que yo siempre he tenido fama de panoli. Esta noche es la primera vez en mi vida que me pongo el frac.

BOB. ¡Ah! Sí. Eso ya se conoce.

ANG. ¿Tan mal me está?

BOB. No lo digo por eso; pero se te nota el embarazamiento, la falta de soltura, que sólo se adquiere llevándolo como yo todas las noches.

ANG. ¡Ay, Bobito, qué dichoso eres!

BOB. ¿Por qué?

ANG. Porque haces siempre y con toda libertad lo que hago yo hoy por una vez y á cencerros tapados.

BOB. ¿Vives en un convento?

ANG. Vivo con mi cuñado, que es muy bueno, sí;

pero tan serio, tan formal... ¡Si él llegase á sospechar que yo estaba aquí!...

BOB. Entonces, ¿has venido de ocultis?

ANG. Precisamente.

BOB. Pues nada, no te achiques. Tú ya tienes edad para andar solo. (Siguen hablando en voz baja.)

EMMA Ahora es cuando queda el peinado á mi gusto. (A Luisa y poniéndose el antifaz.) ¿Me hace el favor?...

LOLÓ (Acercándose al tocador y dejando su bolsa junto á la de Emma.) Trae, yo te lo pondré. (Ata á Emma la cinta del antifaz y la ayuda con Luisa á ponerse el capuchón.)

BOB. (A Angel.) Lo primero que has de hacer es quitarte los guantes.

ANG. Yo pensé que en un baile... (Se los quita y guarda en el bolsillo del frac.)

BOB. Este es un baile en que no se baila.

ANG. ¿Qué?

BOB. Ya se conoce que eres primerizo. Y ese *clac*, ¿para qué has traído *clac?* (Quitándoselo y cerrándoselo bruscamente.)

ANG. ¡Cuidadito, que es de mi cuñado!

BOB. Bien, póntelo; pero has de saber que esto no lo llevan ya más que los cursis. (Angelito vuelve a abrir el «clac» y se lo pone.)

NIC. (Entrando por la vuelta del pasillo, andando lentamente y las manos cruzadas á la espalda.) ¡Mejor estarían en la cama!...

EMMA (A Loló, levantándose.) Perfectamente. (Loló coge equivocadamente la bolsa de Emma, quedando la de ésta sobre la silla.)

LUISA (A Emma.) Para servirla, señorita.

EMMA (Sale al pasillo y dice á Angelito.) ¿Lleva usted suelto?

ANG. ¡Ah, sí! (Da á Luisa unas monedas de cobre.) Suelto no tengo más. (Da el brazo á Emma.)

LUISA (Un real. Pues se ha corrido.)

LOLÓ (Cogiéndose del brazo de Bobito.) ¿Andando?

BOB. (A Angelito que va delante con Emma.) Más suelto, hombre, más suelto.

ANG. (Volviéndose.) No, si suelto ya no tengo más.

BOB. Digo, que más soltura, más garbo...

ANG. ¡Ah!

EMMA (A Nicolás.) Oiga usted: ¿no importará que dejemos el palco solo?

BOB. ¿Por qué?

EMMA Como queda ese lío...

NIC. Descuide la señora. Otros líos habrá y nunca pasa nada.

BOB. En marcha, señores. (Se dirige con Loló hacia el foro.)

LOLÓ ¡Viva la juerga!

EMMA ¡Viva la alegría!

ANG. (Si me viesen en casa...) (Vanse los cuatro por la puerta del foro.)

ESCENA XII

LUISA y NICOLÁS, en el pasillo.

LUISA Un real... ¡Valiente cura!

NIC. ¿Qué pasa, mujer?

LUISA Mire usté el capital que me ha dao ese silbante.

NIC. Puede que no tuviese más.

LUISA En fin, voy arriba á pedirle otro libro á doña Perpetua.

NIC. ¿Va usté al tocador de los principales?

LUISA Sí. ¿Se ofrece algo?

NIC. Nada, un recao á la vieja.

LUISA ¡Y tan vieja! ¡Ya ve usté, pá haberla echao por vieja del cuerpo de coros! Abierto queda, ¿eh? Si alguien viene, que bajo en seguida.

NIC. Váyase descuidada.

LUISA A ver si tiene alguna de Montepín ó de Gaboriau (Pronunciación castellana.) que son las más bonitas. (Se va por la puerta del foro, dejando abierta la puerta del tocador.)

ESCENA XIII

NICOLÁS paseando por el pasillo. FERNANDO y DON ANDRÉS por la vuelta del mismo, traen puestos abrigos y sombreros.

ANDRÉS ¡Ay, estoy como un higo! Con tanto subir y bajar escaleras...

FERN. Y sin conseguir nada, que es lo peor.

ANDRÉS Ya lo dije... No pudiendo entrar en la sala...

FERN. Pues no hay remedio. Yo he de encontrar á esa mujer antes de que cene. No se trata sólo de mi reputación profesional —que es aquí lo de menos—se trata de la vida de un prójimo.

ANDRÉS De una *prójima.*

FERN. Igual es..

ANDRÉS Pero, en fin no será tan fuerte ese veneno...

FERN. Fuertísimo, eso sí. Cada bolita contendrá unos trece milígramos de ácido arsénico. Con ocho ó nueve de ellas hay para matar á cualquiera.

ANDRÉS Pero ella no tomará tantas.

FERN. ¡Si yo la dije que cuantas más pudiese!

ANDRÉS Pues u ted verá. A mí no se me ocurre otro medio que el que hemos empleado ya sin ningún fruto: asomarnos á todas las puertas de todos los pisos del teatro y seguir desojándonos hasta ver si encontramos ese dichoso capuchón, que no parece por ninguna parte

FERN. (Por Nicolás) Si este hombre nos pudiese dar alguna luz... ¡Acomodador!

NIC. (Avanzando al proscenio.) ¿Qué se ofrece?

FERN. ¿Ha visto usted por aquí una máscara con un capuchón á rayas grandes blancas y azules?

NIC. ¿A rayas? No recuerdo.

ANDRÉS (De pronto.) Otra cosa. Dígame: ¿hay algún palco desocupado?

NIC. No, señor. Ninguno.

FERN. ¡Qué contrariedad! Porque, sí; ese era el me-

dio mejor de dominar toda la sala y ver también los otros palcos...

ANDRÉS (Á Nicolás.) Diré á usted. Para un asunto muy urgente buscamos á una persona que...

NIC. Ya, ya... Pues como no sea...

FERN. ¿Hay algún medio? (Apresuradamente.) Hable usted.

ANDRÉS Es un caso muy grave.

FERN. Gravísimo.

ANDRÉS Nosotros le gratificaríamos.

FERN. Sí, sí; tome desde luego. (Le da un duro.)

NIC. (Un duro...) Tales razones me dan ustedes... Hay un palco, este precisamente (Señañalando la puerta del 5.) que está tomado; pero en el que ahora no hay nadie. Ocultándose entre las cortinas...

FERN. Usted nos salva.

ANDRÉS Nos saca de un trance muy duro.

NIC. Pues por el duro, digo, por... por el trance, por eso lo hago. (Abre la puerta del palco 5, en el que entran los tres) Un momento nada más, ¿eh? (Cierra la puerta.) Ya ven, si viniese alguien... (Corre las cortinas, y ocultándose en ellas se asoman Fernando y don Andrés.)

FERN. Un vistazo.

ANDRÉS ¡Qué animación! ¡Cuántas máscaras!

FERN. ¿Eh? No, no. Es á rayas, pero son negras.

ESCENA XIV

DICHOS y ANGELITO, por el foro

ANG. A saber dónde se habrá dejado Emma su bolsa... Ella dice que en el tocador... (Se asoma á este cuarto.) ¿Nadie? (Entra.) Sí, aquí está... (Cogiendo la que Loló dejó sobre la silla.) ¿Pero en qué consistirá esa soltura de que habla Bobito? (Se mira en el espejo.)

ANDRÉS Nada, que no la veo.

FERN. (Separándose bruscamente de la cortina y saliendo al pasillo) ¡Vamos, estoy dado á todos los demonios!

ANG. Ladeando así el sombrero... (Se dirige al pasillo y coge la puerta para cerrarla. En aquel momento, Fernando, en el pasillo, se presenta de perfil á la vista de Angelito, que casi tropieza con él. Como todo esto es muy rapido, don Andrés y Nicolás no han salido aún del palco, donde el último queda un momento más, descorriendo las cortinas.) ¡Caracoles, Fernando! (Retrocede vivamente y cierra la puerta del tocador.)

ANDRÉS (A Fernando, saliendo al pasillo.) Paciencia, hombre, ya parecerá.

ANG. Yo he visto mal... (Entorna con cuidado la puerta y mira por la rendija.) Pues nada, él es. ¡Atiza! Y don Andrés también. (Cierra.) ¿De modo que á donde venían era aquí?

NIC. (Ya en el pasillo y después de haber cerrado la puerta del palco.) Pues yo lo siento, pero no puedo hacer otra cosa.

FERN. Bien, lárguese.

ANDRÉS (¡Lástima de duro!)

NIC. (Mirando la puerta del tocador, que ve cerrada.) (Esta ha venido ya... Me voy arriba á remojarlo.) (Tentándose el bolsillo.) (¡Qué ganga!) (Alto.) Con permiso... (Se va por la puerta del fondo.)

ESCENA XV

FERNANDO y DON ANDRES, pasillo; ANGELITO, tocador

ANG. (Entorna la puerta.) Aún aquí. ¿Qué dirán? (Escuchando.)

ANDRÉS Lo malo es eso; no venir de frac.

ANG. (Aparte.) ¿Qué?

FERN. ¿Y qué quiere usted? Si no estaba en mi armario.

ANG. ¡Qué había de estar! (Vuelve á cerrar.) Y el caso es que ellos salieron de casa antes que yo. ¿Volverían después? Nada, que me hago un lío. (Entorna y escucha.)

FERN. Pero, señor, ¿dónde estará metida esa prenda? (Don Andrés se sienta en la silla del pasillo.)

ANG. (Cierra.) Siguen hablando del frac. Pues digo, si me pescan... (Pasa al centro del tocador.)

FERN. Y lo malo es que se acerca la hora de cenar.

ANDRÉS ¿Tiene usted hambre?

FERN. ¿Yo? Lo digo por esa, por el veneno...

ANDRÈS ¡Ah, sí!

FERN. Casi estaba por ir al *buffet*. Allí, si no la encuentro, puedo hablar con los mozos, dejarles un recado, una tarjeta escrita, por ejemplo, para que si va una máscara con el consabido disfraz...

ANDRÉS Ya, ya, parar el golpe...

ANG. (Entorna.) ¿Todavía?

FERN. Lo dicho... ¿Viene usted?

ANDRÉS La verdad, Fernandito, estoy reventando. Yo le espero aquí.

ANG. ¿Aquí? Pues me he lucido.

FERN. Hasta ahora, entonces.

ANDRÈS Abur. (Fernando se va por el foro.)

ESCENA XVI

ANGELITO, tocador; DON ANDRES, pasillo

ANG. Nada, en la puerta misma. Parece que le han puesto de intento.

ANDRÉS Pues, señor, la broma empieza á resultar un poquito pesada.

ANG. Vamos, si me valiese... (Amenazando con el puño.)

ANDRÉS Ya han pasado años, ya, desde aquel baile al que yo vine de recién casado. Con mi Rosita, que entonces sí que era una verdadera rosa. Porque hoy de rosa no le quedan ya más que las espinas.

ANG. (Cerrando la cortina y separándose de ella.) Bonita situación Y que este cuarto no tiene otra salida. (Levantando la cortina del foro.) ¡Qué ha de tener

ANDRÉS El acomodador se fué... Estaba por echar otro vistazo... (Se levanta y pasa al palco.) ¿Quién sabe? Puede que esta vez tenga más suerte. (Corre una cortina y mira, ocultándose en ella.)

ESCENA XVII

DON ANDRES, antepalco; ANGELITO, tocador; CARMEN y DOÑA ROSA, pasillo. Estas vienen por el foro, con capuchones y antifaces amarillos. Hablan con su voz natural

CAR. (Leyendo los números de los palcos.) ¿3?... ¿5?... Justo. Ahí está ese bribón.

ROSA Aunque así sea. Como ahí dentro supongo que no pretenderás entrar...

CAR. Eso no, pero aguardando aquí...

ANG. ¿Seguirá el marmolillo? (Se acerca á la puerta del pasillo y la entorna.)

ROSA Pues si hemos de esperar, esperaré sentada. (Lo hace en la silla en que estuvo don Andrés.)

ANG. (Escuchando.) ¿Esa voz?..

CAR. Sí, doña Rosa, siéntese usted. Ya que la proporciono este ajetreo...

ANG. Justo, y la otra mi hermana. ¡Han venido los cuatro!

CAR. Ellos por aquí han de pasar.

ANG. Vamos, se han citado en este corredor. Ellas se irían á dar alguna broma... Es decir, para bromazo el mío.

ANDRÉS Nada, que no parece...

ANG. Y don Andrés, ¿dónde estará? (Abre algo más la puerta y mira hacia el foro.)

ESCENA XVIII

DICHOS y LUISA, por el foro, con un libro en la mano

ANG. ¡Dios mío, quién viene por allí! (Cierra la puerta

LUISA (Ante la puerta del tocador.) ¿Cerrado? (Llama con los nudillos.) ¿Se puede?

ANG. Estoy perdido.

LUISA (Vuelve á llamar.) ¿Se puede? No contestan...

ANG. (Muy apurado, se asoma á la cortina del foro.) ¿Aquí? (Vacilando.) ¡Y qué remedio! (Entra en la habitación que se supone dentro, dejando caer la cortina.)

LUISA (Abre con el pestillo y entra en el tocador.) Si no hay nadie.. (A Carmen y doña Rosa.) ¿Me esperaban ustedes?

ROSA (Levantándose y empujando á Carmen para que entre en el tocador.) Entra; pues claro, siempre estaremos mejor que en el pasillo... (Pasa al tocador con Carmen.)

CAR. (Aparte á doña Rosa.) Sí, desde aquí podemos vigilar. (Luisa va á cerrar, Carmen la detiene.) No cierre, no. Solo queremos descansar un rato.

LUISA Siéntense. (Les ofrece sillas en que se sientan, colocándose frente á la puerta del pasillo.)

ANDRÉS En el fondo de aquella platea parece que hay una máscara con algo azul.. (Buscando alrededor y viendo en el diván los anteojos que dejó Guerra.) Hombre, aquí hay unos anteojos. (Los coge y se acerca de nuevo á la cortina, mirando con ellos.) ¡Y tan mal que veo! Pues si es Villena, el senador por Albacete.

ANG. (Asomando.) (Aquí estoy muchísimo peor.)

ROSA (Á Luisa.) ¿Me puede usted dar agua?

CAR. Y á mí también Estoy sofocadísima. (Luisa sirve agua á ambas con la botella y vasos que hay en el tocador.)

ESCENA XIX

DICHOS y CORA, por el foro

CORA Por fin logré escabullirme. ¿Habrá venido ya? Porque si yo lograse hablarle antes que Serpentina?... (Entra en el palco y cierra. Carmen y doña Rosa, al ver entrar á Cora en el palco, se levantan de pronto y tiran al suelo los vasos, que se quiebran.)

LUISA ¡Señorita...! (Recoge los cascos.)

CAR. (Aparte á doña Rosa.) Silencio. (Se asoma al pasillo avanzando algo hacia el foro.)

CORA (Sorprendida al ver á don Andrés.) ¡Ah!

ANDRÉS (Volviéndose.) (Buena plancha.) Dispense usted. Me equivoqué de palco.

CORA ¿Buscaba usted á alguien?

ANDRÉS (Muy cortado.) No... Es decir, sí... Buscar, buscaba á una... á una tal Serpentina.

CORA ¿Serpentina? Aquí es. No viene usted equivocado.

ANDRÉS (Sorprendido.) ¿Aquí?

CORA Y usted es el señor conde. ¿No es eso?

ANDRÉS El señor Conde soy. ¿Pero usted me conoce?

CORA De nombre mucho. (Muy amable y quitándose el antifaz.) Pero, siéntese usted... (Se sientan en el diván y siguen hablando bajo.)

ANDRÉS (¿De qué me conocerá á mí esta mujer tan frescachona?)

CAR. (Volviendo al tocador.) Nadie, no viene nadie más.

ROSA (Bajo á Carmen.) (Pero esa no es nuestra vecina. El disfraz no es el que yo ví por el patio.)

CAR. (Será una amiga de las que habla en su carta. Ella estará ya dentro.)

ANG. (Asomando.) (¿Se marcharán?)

ANDRÉS (Á Cora.) ¿De manera que usted es amiga de Serpentina?

CORA Yo soy Cora. Ya le habrán dicho á usted...

ANDRÉS A mí nadie me ha dicho nada Pero, en fin, esa Serpentina, ¿está en el baile?

CORA Ya lo creo.

ANDRÉS (Levantándose.) A buscarla en seguida.

CORA (Ofendida y levantándose también.) ¡Ay, hijo, qué prisa te corre! Porque me permitirás que te tutée.

ANDRÉS Yo lo permito todo con tal de que me diga usted dónde está Serpentina.

CORA Facilillo es. Precisamente hay en el baile cien dominós igualitos al suyo.

ANDRÉS ¿Pues no lleva un capuchón azul con rayas blancas?

CORA ¡Ah! ¿tú sabias lo del capuchón? (Vamos, que se entendían.) Pues mira, mira dónde está el capuchón. (Le enseña el que hay en la colcha.)

ANDRÉS (Aparte.) Podíamos buscarlo.

CORA Serpentina lleva ahora un dominó negro.

ANDRÉS ¡Dominó!

CORA Sí, hombre, sí; dominó.

ANDRÉS Digo que, ¡dominó! Que nos hemos lucido.

(Transición.) En fin, ¿quieres asomarte conmigo á ver si la encontramos?

CORA ¡Bonito papel! Pero no quiero que digas que no soy amable. (Pasa con don Andrés al palco.)

ROSA (Bajo á Carmen.) (Mira, hija mía, aquí no hacemos nada. Esta mujer acabará por escamarse. .)

CAR. (No se canse usted. Yo no me voy sin haber visto á mi marido.)

ROSA (Es que puedes estar aquí dos horas y no verle. ¿No sería mejor que bajásemos? El puede que ande por abajo. Y aunque esté en el palco, desde allí lo veremos también.)

CAR. (Sí, pero de más lejos.)

ROSA (Es lo que quiero yo: poner distancia.) (Á Carmen.) Conque, anda, Carmencita, aquí no podemos seguir.

CAR. Con una condición: que me prometa usted que si abajo no le vemos subimos otra vez.

ROSA Sí, prometido; pero vámonos, vámonos... (Estoy en ascuas.) (Va á salir y vuelve.) ¡Ah, tome usted! (Da á Luisa unas monedas de plata.) Por el agua y por el vaso. (Siempre me había de tocar á mi pagar los vidrios rotos.) (Sale con Carmen al pasillo y se van por la puerta del foro.)

LUISA (Dos pesetas...) (Asomándose al pasillo.) Muchas gracias, señoritas. Abur, señoritas. Que ustedes se diviertan, señoritas.

ROSA Sí, sí; ya estamos divertidas.

ESCENA XX

LUISA (tocador); ANGELITO (dentro); en seguida CORA y DON ANDRÉS (antepalco)

ANG. (Asomándose.) ¡Por fin! Si pudiera escapar sin que ésta me viese...

CORA (Entrando en el antepalco. Don Andrés queda junto á las cortinas y mirando con los gemelos.) Lo dicho, imposible. Con la confusión que hay ahora...

LUISA (Voy á pedir un vaso en el café. No vaya á hacerme falta. Y llenaré esto al paso. (Coge la botella y sale al pasillo.)

ANG. (Entra en el tocador.) (¿Se marcha? ¡Me salvé!) (Se acerca á la puerta del pasillo.)

LUISA (Que por el corredor había avanzado algo hacia el foro, vuelve al proscenio, saca del bolsillo un llavín y cierra por fuera la puerta del tocador.) (El señor Nicolás no está aquí... Cerraré.)

ANG. (¿La llave? Así reviente. ¿Estaré condenado á pasarme la noche en este cuarto? (Luisa se va por el foro.)

ESCENA XXI

DICHOS, menos LUISA

CORA (A don Andrés.) No te canses, hombre. A saber dónde estará tu *Serpentina*.

ANDRÉS El caso es que, si yo pudiese ir abajo... Pero con este abrigo...

CORA No te lo quites, no; no te vayas á malograr. Ya me han dicho que eres muy friolero. Conque, abur. Yo me marcho. (Sale al pasillo.)

ANDRÉS (La sigue.) ¡Oh, no se vaya usted!

CORA Como estás tan galante... No parece sino que no hay en el mundo más mujeres que *Serpentina*. Pues hay muchas, para que lo sepas, y mejores, y más simpáticas.

ANDRÉS (Adiós. ¿A que esta se pone ahora á hacerme el amor?)

ANG. (Mirando por el ojo de la cerradura.) Don Andrés otra vez... Lo que no veo es con quién habla. Si se juntasen todos y se largasen á casita... (Aplica el oído para escuchar.) Así, cerrado, no se oye una palabra.

CORA Mentira parece que una persona que vale lo que tú...

ANDRÉS (Pero, ¿quién será esta mujer que me conoce tanto?)

CORA Se haya fijado en esa cualquier cosa.

ANDRÉS (Anda, me toma por amante de *Serpentina*.)

CORA Y si le fuese fiel al menos; pero si lo más probable es que ahora mismo esté en el *buffet* cenando con el otro.

ANDRÉS (Muy asustado.) ¿Cenando? ¿Cenando has dicho?

CORA De fijo, sí. (Quizás dándole celos...)

ANDRÉS ¡Dios mío, cenando! (Y que como no lleva el capuchón, no la habrán dado la tarjeta...) (Cogiendo á Cora por un brazo.) Corramos al *buffet*.

CORA (Muy contenta.) ¿Al *buffet*?

ANDRÉS Pero pronto.

CORA ¿Y me convidarás?

ANDRÉS A lo que quieras. (Tirando de ella.)

CORA (¡Por fin se explica!)

LUISA (Entra por el foro con un vaso de agua en una mano y la botella llena en la otra; tropieza con don Andrés y Cora, que van hacia el foro.) ¡Cuidadito, que mancho!

ANDRÉS (¡Señor, que llegue á tiempo!) (Vase, arrastrando á Cora por la puerta del foro.)

ESCENA XXII

ANGELITO y LUISA

LUISA No lleva prisa el hombre. Creí que me hacía el segundo estropicio. (Saca el llavín del bolsillo.)

ANG. (Mira por el ojo de la cerradura.) Ahora no veo á nadie. (Deja de mirar.)

LUISA (Mete el llavín en la cerradura y pone el vaso en la silla que hay en el pasillo.) No vaya yo misma...

ANG. (Mira.) Y ahora no veo nada.

LUISA (Da vuelta á la llave y abre la puerta.) ¡Ajajá! (Coge el vaso.)

ANG. ¡Caracoles, si es que abren! (Al girar la puerta se esconde tras ella. Luisa, sin verle, pasa á colocar la botella sobre el tocador.)

LUISA Ya está todo en orden.

ANG. (Dando la vuelta alrededor de la puerta sale al pasillo.) ¡Nadie! (Cruza el pasillo y se mete en el palco; antes de cerrar mira si Luisa le ha visto.) ¡Gracias á Dios! (Cierra y se sienta en el diván, dejando en él la bolsa que trajo en la mano.) Vamos, calma. Ahora ya estoy en salvo. Es decir, mientras no asome las narices fuera de aquí. Pero

señor, también ha sido desgracia. Para una vez que... Pues digo, y Fernando, que no encontró su frac, si me viese con él... Nada, que no he hecho más que cambiar de prisión, porque lo que es de aquí no me atrevo á salir lo menos hasta las seis de la mañana.

LUISA (Coge el libro que trajo antes y se sienta á leerlo al lado de la puerta.) «El crimen del boulevard de Malesherbes». Será de Malas yerbas, y no lo habrán sabido traducir. (Lee.)

ESCENA XXIII

DICHOS y BOBITO

BOB. (Por la puerta del foro.) ¿Dónde estará metido ese muchacho? (Se asoma al tocador.) En el palco quizás. (Entra en el 5.)

ANG. (Levantándose asustado.) ¿Eh?

BOB. Santa cachaza...

ANG. ¡Ah! ¿Eres tú?

BOB. Ya podía esperarte. Pero qué, ¿no pareció la bolsa?

ANG. ¿Qué bolsa?

BOB. La de *Serpentina*. ¿No subiste á buscarla?

ANG. Ni me acordaba. (Se la da.) Llévasela, si quieres.

BOB. ¿No vienes tú?

ANG. Imposible. De aquí no salgo. No me puedo mover. (Se sienta.)

BOB. ¿Te has caído? ¿Te han pegado?

ANG. ¿Caerme? Poco faltó. Tropecé en el pasillo con cierta persona... En cuanto á pegarme, no me han pegado todavía, pero si salgo fuera, ¡ya lo creo que me pegarán!

BOB. No entiendo.

ANG. Es muy sencillo. Ya sabes que yo he venido aquí de ocultis.

BOB. ¿Y bien?

ANG. ¿Y bien? Que en el baile están mi hermana, su marido, un vecino nuestro, que, entre paréntesis, me tiene por un santo, y su mujer.

BOB. ¿Y te han visto?

ANG. Ninguno; pero poquísimo ha faltado. Figúrate que su punto de cita ha sido ese pasillo.

BOB. Anda, salero.

ANG. En el tocador, en el sitio que pude, he estado oculto hasta ahora mismo. Por fin se marcharon, pude pasar aquí, y aquí me tienes.

BOB. Pero si se marcharon...

ANG. Del pasillo. Del baile sabe Dios cuándo se marcharán.

BOB. ¿De modo que vas á pasarte la noche enchiquerado?

ANG. Es la palabra. Pero, ¿qué quieres? Prefiero estar enchiquerado aquí á salir al ruedo y que me lidien.

BOB. Entonces, ¿por qué no te vas á tu casa?

ANG. Hay mucho trecho desde aquí hasta la puerta de salida.

BOB. ¡Bah! Subiéndote el cuello del abrigo...

ANG. Mi abrigo está en el guardaropa.

BOB. Te lo traeré.

ANG. No, gracias. Ni con abrigo ni sin abrigo salgo yo de aquí hasta que no abrigue la completa seguridad de que se han ido todos.

BOB. (De pronto y como asaltado por una idea.) Hombre, ¿y por qué no haces una cosa? (Deja la bolsa en el diván.)

ANG. ¿Qué?

BOB. (Desenvuelve el lío de la colcha y saca el disfraz.) Ponerte este disfraz. Es de Serpentina. Y mira, hay falda, antifaz y capuchón. Todo lo que necesitamos.

ANG. (Se levanta.) ¿Sabes que es una idea?

BOB. ¡Soberbia! ¡Y aun me llaman Bobito!

ANG. Es claro, de ese modo...

BOB. Puedes pasearte por delante de toda tu familia. Y hasta embromarla, si eso te divierte.

ANG. Sin embargo, el cartel dice que se prohibe la entrada á los hombres que vengan disfrazados.

BOB. La entrada; pero lo que tú buscas es la salida. Y además, que te arreglaré de modo

que nadie note nada. Manos á la obra. (Corre las cortinas del palco.) Verás como nos divertimos.

ANG. (Coge la falda.) Bueno, pues ayúdame. Sí que nos vamos á divertir.

BOB. (Poniéndole la falda por la cateza) ¡Ajajá! Los faldones por fuera. O si no, mejor sería que te quitases el frac.

ANG. ¿Quitarlo?

BOB. (Quitaudoselo.) Trae, lo dejaremos con el sombrero (Dobla el clac y con el frac lo envuelve en la colcha, que deja sin atar sobre el diván.)

ANG. ¿No se perderán?

BOB. Anda, que se pierdan. El clac, ¿no es de tu cuñado?

ANG. Y el frac también. Por eso.

BOB. (Atándole la falda á la cintura.) Pues por eso. Me es más antipático tu cuñadito...

ANG. ¿Por qué?

BOB. ¡Toma! Por tirano, por déspota, por Nerón...

ANG. ¡Aprieta!

BOB. (Haciendo fuerza.) No puedo apretar más.

ANG. Digo que, ¡aprieta con lo que dices de mi cuñado!

BOB. Atar así á la juventud...

ANG. Ata tú eso otro y calla. (Se pone el capuchón y el antifaz, ayudado por Bobito.)

ESCENA XXIV

DICHOS, CARMEN y DOÑA ROSA

ROSA (Entra con Carmen por la puerta del foro. Llevan puestos los antifaces.) Bien, sigues llevándome como un zarandillo.

CAR. Con esa condición accedí á bajar. Que si no se veía á nadie en el palco...

ROSA Y nadie había. Al menos, yo creo que era este el que vimos desocupado.

CAR. Por fuera, pero á saber por dentro.

ROSA ¿Cómo?

CAR. En el antepalco. No quisiera más que tener á mi disposición uno de esos rayos X, ó

como les llamen, para ver á través de ese tabique, y luego, con un rayo de los otros...

ROSA (¿Dos rayos? ¡Pues ya escampa!) (Siguen hablando bajo.)

BOB. (A Angelito, ya disfrazado por completo.) Nada, que puedes dar un chasco al más pintado.

ANG. ¿No extraña la estatura?

BOB. Te tomarán por Matilde la Larga.

ANG. Espera, los guantes. (Los saca del bolsillo del frac, que vuelve á dejar sobre el diván.)

BOB. ¡Ah! Tú, la bolsa de esa... (La coge.)

ANG. Trae. Yo la llevaré. (Alarga la mano para quitársela á Bobito, y al dársela éste, la bolsa cae al suelo.)

BOB. (La coge del suelo.) ¡Adiós! ¿Se habrá roto algo? (Mira con Angelito el interior de la bolsa, y sacan de ella lo que indica el diálogo.)

ANG. A ver... Una caja de polvos, una bombonera y un pañuelo.

BOB. El pañuelo está roto, (Mirándolo.) pero no del golpe.

ANG. (Vuelve á guardar la polvera y pañuelo y abre la bombonera.) Anises, ¿quieres?

BOB. No, gracias.

ANG. (Toma uno.) Pues mira, no son malos...

BOB. ¿Vienes? (Empuja á Angelito para que salga al pasillo.)

ANG. (Toma más anises.) Algo dulzones... (Guarda la bombonera en la bolsa y abre la puerta del pasillo. Al ver á Carmen y doña Rosa, se vuelve rápidamente a Bobito, que aún está en el palco.) ¡Ellas!

CAR. (A doña Rosa.) ¡El capuchón!

ANG. (A Bobito.) Mi hermana y la otra.

ROSA (Tirando de Carmen.) ¡Dios mío! (¿Quién va á salir detrás?) (Salen al pasillo Angelito y Bobito.)

CAR. (A doña Rosa.) (No es él...)

BOB. (A Angelito.) (Diles algo.)

ANG. ¿Algo? (Parandose ante doña Rosa y fingiendo voz de mujer.) Mascarita, ¿me conoces?

ROSA Quita de ahí, sinvergüenza. ¿No te he de conocer, si vives en mi casa?

ANG. (¡María Santísima!)

ROSA En el entresuelo de la izquierda.

ANG. (Aparte á Bobito.) En el entresuelo... ¡Ah! Me ha tomado por Serpentina.

BOB. ¡Já, já!

ANG. (¡Valiente susto!) (A Bobito.) (Llévame á tomar tila.) (A Carmen y doña Rosa, con voz de mujer y tocándoles la cara.) ¡Adiós! ¡Adiós! (Algazara. Se va con Bobito por el foro.)

ESCENA XXV

CARMEN y DOÑA ROSA (pasillo). LUISA (tocador)

CAR. ¿Habrá descarada?

ROSA Esas mujeres se meten con todo el mundo. Pero, en fin, ya has visto que no era Fernando el que la acompañaba.

CAR. Se habrá quedado con la otra.

ROSA ¿Con qué otra?

CAR. Con la mora. Y como en estos casos lo mejor es tirar por la calle de enmedio... (Se acerca bruscamente á la puerta del palco número 5, la abre y entra en él.)

ROSA (Corriendo asustada detrás.) ¡Carmen, hija mía!

CAR. (Descorre las cortinas.) ¡Nadie!

ROSA ¡Qué locura! Ven, ven aquí... (Tirando de ella hacia el pasillo.)

CAR. (Desasiéndose.) Espere... Estos abrigos... (Mirando los que hay en la percha.) No, él sacó el *macferlan*...

ROSA ¿Pero qué haces?

CAR. ¿Qué es esto? (Coge el frac que hay en el diván.) ¿Un frac? A ver... (Registra los bolsillos.) Sí, aquí hay un pañuelo.

ROSA ¡Qué imprudencia! Esto no tiene nombre...

CAR. (De un bolsillo interior del frac saca un pañuelo y lo mira.) Esto sí... ¡Y qué nombre! «Fernando.» (Leyendo la marca y enseñándosela á doña Rosa.) ¡Si conoceré la marca y lo bordé yo misma!... Y su frac... Y su *clac*.. Mire usted. (Coge el clac.)

ROSA (Leyendo en el forro del clac.) «F. M.»

CAR. ¡Fernando Menéndez! Si estaba más segura...

ROSA Lo que yo no me explico es qué hace aquí este frac Porque tu marido no habrá venido al baile en mangas de camisa..

CAR. Pues yo sí. Todo lo veo clarísimo. El salió de casa con el chaquet y mandó aquí todo esto.

ROSA Señor, lo que discurren los hombres!

CAR. ¡Pillo! ¡Hipócrita!... No, pues esta noche no te burlas de mí. Lo que es este frac no te lo pones.

ROSA Nos lo llevamos. Muy bien pensado.

CAR. Abultaría mucho. Pero le arrancaré un faldón.) Arranca el faldón derecho.)

ROSA ¡Mujer!

CAR. Lo que siento es no poderle arrancar á él alguna cosa. (Guarda el faldón en su bolsa.)

ESCENA XXVI

DICHAS y FERNANDO

FERN. (Por la puerta del foro, muy fatigado.) ¡Que noche! No puedo más... *Buffet*, escenario, pasillos... Y ese capuchón sin parecer. (Transición) Juraría que dejé aquí á don Andrés... Sí, en esta silla... Pues es lo que faltaba: que se me hubiese perdido también este

ROSA (A Carmen.) Vaya, vámonos de aquí. (Abre la puerta del pasillo y, al ver á Fernando, vuelve á cerrarla bruscamente. (¡San Antonio bendito!)

CAR. Cuando usted quiera.

ROSA No, ahora no...

CAR. ¿Por qué ahora no?

FERN. Quizás el acomodador pueda decirme... (Gritando.) ¡Acomodador!

CAR. Esa voz. . (Queriendo salir al pasillo.)

ROSA (Interponiéndose.) Por Dios, Carmen...

FERN. (Más fuerte) ¡Acomodador!

CAR. (Exaltadísima.) Fernando, sí. Por eso cerró usted.

ROSA No, no... Yo te aseguro...

FERN. ¡¡Acomodador!! (Se va hacia la vuelta del pasillo.)

ROSA (Aparte.) ¡Animal!

CAR. (Luchando con doña Rosa, logra abrir la puerta del palco y las dos salen al pasillo en el momento en

que Fernando desaparece por la vuelta.) ¡El! (Cae desvanecida en brazos de doña Rosa.)

ROSA ¡La bomba!

LUISA (Levantándose y saliendo al pasillo.) ¿Se ha puesto mala?

ROSA Aquí, aquí... (Entra á Carmen en el tocador, ayudada por Luisa.)

LUISA (Son las de antes...)

ROSA Agua, (Salpican de agua el rostro de Carmen.) Cierre esa puerta. (Luisa cierra.)

FERN. (Por la vuelta de pasillo.) Nada, que hoy no parece nadie... Estoy que muerdo. (Se va por la puerta del foro.)

ESCENA XXVII

DICHAS, menos FERNANDO

ROSA No nos faltaba más que el patatús!

LUISA (Después de cerrar la puerta y acercándose á Carmen.) Ya vuelve.

ROSA (Asustada.) ¿Quién?

LUISA La señorita.

ROSA ¡Ah! Creí que el señorito.

CAR. No puedo más.

ROSA (La deja en una silla.) Ni yo tampoco. (A Luisa.) Quítele el antifaz. (Luisa lo hace.)

CAR. Tengo un nudo...

ROSA Ya lo desataremos.

CAR. Un nudo en la garganta. Unas ganas de llorar . (Llora.)

ROSA Llora. Eso te hará bien.

LUISA (Ofreciendo agua á Carmen.) Tome un poco.

ROSA Sí, bebe. Estas cosas se han de pasar á tragos

LUISA (Aparte.) Y es guapa. ¡Pobrecilla!

CAR. Mañana me divorcio.

ROSA Bien, bien, mañana harás lo que que quieras, pero ahora lo que has de hacer es serenarte para que nos marchemos. Tú lo que pretendías era verle, ¿no es eso? Pues bien, ya le has visto.

CAR. (Llorando.) Pero, Dios mío, ¡qué desgraciada soy! (Siguen hablando en voz baja. Carmen, ayudada por Luisa, se pone el antifaz.)

ESCENA XXVIII

DICHAS, CORA y DON ANDRÉS; estos entran del brazo por la puerta del foro. Don Andrés viene completamente borracho

ANDRES (Hablando á tropezones.) Serpentina ya no va al *buffet*. ¿Dónde está Serpentina?

CORA ¿Yo que sé, hombre? (Se asoman al palco 5.) Andará por abajo. (Cierra la puerta del palco y quedan en el pasillo.)

ANDRÉS Tráemela. Tengo que hablarla.

CORA (¡Dale!)

ANDRÉS No me preguntes. Es un sécreto que no me pertenece. Cuando á uno no le pertenece una cosa... (Da un traspies.)

CORA (Como una uva...)

ANDRÉS Me regañaría Fernandito. Pero, mira, le va en ello la vida...

CORA (¡Atiza!)

ANDRÉS Anda, búscala... Y no tengas celitos. Ya sabes que tú me gustas más. Porque eres más simpática y más amable ..

CORA Gracias.

ANDRÉS Y más bonita. Dí, ¿por qué te has puesto la careta?

CORA (Se va á caer.)

ANDRÉS Dame más *champagne*.

CORA Ya no estamos en el *buffet*.

ANDRÉS ¿No? ¡Ah! ¿Te dió el mozo la vuelta?

CORA (Tú sí que vas á darla. Y de campana.)

ANDRÉS El billete era de veinte duros...

CORA Me voy. Te dejaré en el palco.

ANDRÉS No... (Se sienta en la silla de pasillo.) Fernando dijo que le aguardase aquí.

CORA (Y vuelta con Fernando. Cuando á un curdo le da por una cosa...)

ANDRÉS Que me traigas á Serpentina.

CORA (¡Uy! ¡Qué tío lata! Si no fuese por los cuartos que tienes...) (Se va por el foro.)

ANDRÉS (Dando cabezadas.) Que me traigan á Serpentina. (Se duerme.)

ESCENA XXIX

DICHOS menos CORA

ROSA (A Carmen.) Vamos, ¿te convences, al fin?

CAR. Sí, sí, vámonos. (Va á abrir la puerta del pasillo.)

ROSA (Adelantándose.) Déjame delante. No quiero que tengas otro encuentro como el de marras (Abre la puerta, sale al pasillo y halla dormido á don Andrés.) ¿Eh? (De un manotón le tira el sombrero.) ¡Andrés!

CAR. (Saliendo al pasillo.) ¿También él?

ROSA ¡Le mato!

CAR. ¿Está enfermo?

ROSA (Zarandeando á don Andrés) ¡Borracho! ¡Borracho perdido! Huele á *champagne* que apesta...

ANDRÉS (Entornando los ojos.) Quieta, tú, no me hagas cosquillas...

CAR. (Separando á doña Rosa.) Doña Rosa, por Dios...

ANDRÉS Vamos otra vez al *buffet*.

ROSA ¿Pero no oyes? Te digo que le mato... (Abalanzándose otra vez sobre don Andrés é incorporándole.)

ANDRÉS Que yo quiero ver á Serpentina...

ROSA Serpentina, ¿eh? ¡Ya te daré yo Serpentinas!

CAR. ¡Maldita mujer!

ESCENA XXX

DICHOS, BOBITO y ALFONSO. En seguida EMMA, GUERRA y el último ANGELITO, disfrazado como salió. Emma lleva en la mano la bolsa de Loló

ALF. (Por la vuelta del pasillo y al ver lo que ocurre en el proscenio, se vuelve á gritar.) ¡Chicos, bronca en el cinco!

CAR. (A doña Rosa.) (Vámonos; viene gente. Ahora soy yo la que...)

ROSA Sí, sí, vámonos. Si no, yo no sé lo que haría. ¡Ah! Pero en casa te espero.

CAR. (Aparte á doña Rosa.) ¡Serpentina!

ANG. (A Bobito.) ¡Ellas!

ROSA Tómele usted. Se lo regalo. (Suelta á don Andrés en brazos de Angelito. Doña Rosa y Carmen se van por el foro.)

ESCENA XXXI

DICHOS, menos CARMEN y DOÑA ROSA. En seguida CORA por el foro

ANG. (Deja á don Andrés en la silla.) ¡Don Andrés!

BOB. ¿Tu vecino? ¡Buena pítima tiene! (Luisa se asoma á la puerta del tocador.)

CORA ¿Se entregó? ¡Pobre conde!

ALF. ¿Pero es título?

ANG. ¡Quiá! Conde de apellido.

EMMA (A Cora.) ¿Le conocías?

CORA ¿Pues no es el brasileño?

GUERRA ¡Anda, el brasileño! (Todos ríen; gran algazara.)

ALF. Si el brasileño está abajo con Loló...

ANG. Este es un jubilado de Fomento, vecino mío.

CORA ¡Valiente plancha! Y yo que había hecho su conquista... (Pasa al palco.)

EMMA (Idem.) Pues te has lucido. (Sigue la animación.)

ALF. Una proposición: vamos á empapelarle.

BOB. Bien pensado. (La orquesta toca dentro un vals, no cesando hasta la terminación del acto.)

ALF A ver. Traer serpentinas.

ANG. (Entra en el palco con Bobito.) Vas á pagarme la encerrona.

BOB (Vuelve al pasillo con un gran paquete de «confetti» y lo vuelca sobre don Andrés, que sigue sentado y hecho un leño. Luisa se retira al tocador. Todo muy movido y animado.) ¡Los *confetti!*

ESCENA FINAL

DICHOS y FERNANDO por el foro

FERN. (Abriéndose paso entre todos.) ¡Hombre, gracias á Dios! Pero, ¿qué tiene?

ALF. Una papalina tremenda.

ANG. (Sale del palco con varias serpentinas y se acerca á don Andrés. Al ver á Fernando se para en seco.) ¡Caracoles!

FERN. (Examinando el disfraz que lleva Angelito.) ¡El capuchón! (Le coge con fuerza de la mano.) ¡Por fin!

ANG. (¿Eh?)

FERN. Buscándote toda la noche...

ANG. (Muy alarmado.) (¡Me buscaba!)

FERN. Porqne tú eres Serpentina ¿no es eso?

ANG. (Fingiendo voz de mujer.) No, Serpentina, no.

FERN. ¡La verdad!

ANG. Te aseguro...

EMMA (Saliendo del palco con más serpentinas y quitándose el antifaz.) Amigo Menéndez, Serpentina soy yo.

FERN. (Soltando á Angelito.) ¿Usted?

EMMA ¿Querías algo?

FERN. ¡Si quería! Toda la noche en su busca...

EMMA Tanto honor...

FERN. Ante todo, ¿ha cenado usté ya?

EMMA Aún no. Si quieres convidarme...

FERN. No se trata de eso Es que, por un error, los anises que envié á usted no eran una medicina, sino un veneno

GUERRA ¡Demonio!

FERN. Hubo un cambio de cajas...

EMMA Pues nada, no se alarme usted. No he tomado ninguno. Los eché en la bombonera que llevo en esta bolsa.

ANG. (Con su voz natural.) ¿En esa bolsa? ¿En la bombonera? ¡Dios mío, yo me muero!

EMMA / FERN. ¿Qué dice?

ANG. Que el envenenado soy yo. Pensé que eran de dulce, y ..

FERN. ¿Pero tú...?

ANG. (Quitándose el antifaz y arrodillándose delante de Fernando.) Sí, yo soy. Perdóname, Fernando.

FERN. ¡Angelito!

ANG. Castígame, haz de mí lo que quieras; pero sálvame. ¡Sálvame, por Dios! ¡Pronto, un contraveneno! (Se levanta.)

LUISA (Asomándose.) ¿Envenenado ha dicho?

FERN. Ven, ven aquí. (Le quita el capuchón y le desata la falda.) Pero, ¿qué traje lleva?

ANG. El tuyo. Si ya te digo que lo confieso todo. Pero, ¡sálvame, Fernandito!

EMMA Sí, sí, sálvele usted.

GUERRA ¡Pobre muchacho! ¡Qué desgracia!

BOB. (Que ha pasado al palco, coge el frac y lo lleva al pasillo.) Aquí está el frac.

FERN. (Cogiéndolo.) Pero este frac está roto.

GUERRA Un frac con un faldón.

FERN. (Amenazando á Angelito.) ¡Vamos, si me valiera!

ANG. (De rodillas.) Yo de eso no tengo la culpa. Te lo juro, Fernando.

FERN. (Señalando á don Andrés.) Y este otro como un leño.

ANG. Pero, dí, ¿me moriré?

FERN. No lo sé; pero lo merecías. (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. La escena está á oscuras y todas las puertas cerradas

ESCENA PRIMERA

Se oye sonar un timbre repetidas veces. Después de la última, y tras una ligera pausa, sale TERESA, por la puerta del foro. Al entrar da luz á la lámpara del centro

(Abrochándose el cuerpo del vestido y asomándose á la primera izquierda.) ¿Llamaban los señores?... No contestan. (Cruza el escenario y se asoma á la primera derecha.) ¿Será el señorito Angel? Ni se le oye. (Vuelve á sonar el timbre.) ¡Toma! Si es en la escalera. Como los dos timbres suenan casi igual... (Vase por el foro.)

ESCENA II

CARMEN, DOÑA ROSA y TERESA

CAR. (Después de una pequeña pausa, entra por el foro con doña Rosa y Teresa. Aquellas visten los disfraces del acto anterior, pero sin careta, que traen en la mano.) Sí, mujer, sí; mírenos usted bien, nosotras somos.

TER. Dispense la señorita. Como no podía figurarme. .

CAR. Media hora nos ha tenido usted llamando.

TER. Mientras me eché el vestido...

CAR. ¿Y Manuel?

TER. Durmiendo. Tiene ese sueño tan pesado...

CAR. Encienda usted la chimenea de mi gabinete (Se sienta en la butaca de la derecha y doña Rosa en la otra.)

TER. ¿Que encienda?...

CAR. Sí, y avísenos. Yo estoy dando diente con diente.

ROSA Y yo también, pero creo que es de las ganas que tengo de morder.

TER. ¿El señorito no está en la alcoba?

CAR. No. ¡Qué ha de estar!

TER. (¿Las dos de máscara? ¿Si estaré soñando todavía?) (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA III

CARMEN y DOÑA ROSA

ROSA ¿Y por qué no has dicho que encendiesen aquí?

CAR. ¿Aquí? ¿En el despacho de ese hombre? No, no. Mejor estaremos en mi cuarto. Allí podremos encerrarnos y esperar á que sea de día para despertar á mi hermano y hacer entonces lo que deba hacerse. No vamos á dar esa campanada en mitad de la noche.

ROSA Tienes razón; las primeras campanadas no se suelen dar hasta la hora del alba.

CAR. ¿Aún tiene usted ganas de broma?

ROSA ¡Ay, hija! Río para no llorar. Es decir, tampoco de llorar tengo ganas. Las tengo de coger á ese tuno por mi cuenta... Pero cuando se le haya pasado la borrachera y pueda apreciar bien el peso de mi cólera. A los reos que pierden la razón no se les ejecuta hasta que la recobran.

CAR. En verdad no sé qué conducta es peor: si la de su marido de usted ó la del mío.

ROSA La del mío, hija. ¡La embriaguez! El más repugnante de todos los excesos...

CAR. ¿Y quien pensara de él? Un hombre de su edad, que parecía tan formal y tan serio... ¡Valiente mico nos ha dado!

ROSA ¡Y valiente mona la que él ha cogido! Pero lo que es la escena que le espera á Andrés... él no se la espera. Romperemos, sí, pero antes de romper le rompo á él algo.

CAR. Pues, mire usted, yo renuncio desde luego á esa escena. Si Fernando me conserva todavía algún afecto, el mayor castigo que le puedo imponer es mi firmísima resolución de que no vuelva á verme en su vida. (Llora.)

ROSA No, si esa resolución también la tengo yo tomada. A mí, Andrés tampoco vuelve á verme. Pero es porque, en cuanto me eche sobre él, yo le saco los ojos.

CAR. Lo triste para mí es que no exista ya la casa de mis padres. ¡Si viviese mi pobrecito papá...! Verdad es que entonces este pillo no se hubiese burlado de mí y otro gallo me cantaría. Pero, claro, me ve sola con Angelito...

ROSA Y ese es muy pollo, y aun no está para cantar á nadie.

CAR. (Se levanta y se acerca á la puerta del cuarto de Angelito.) ¡Pobrecillo! ¡Con qué tranquilidad duerme! No sospecha el triste despertar que le aguarda Mañana mismo hemos de salir de aquí los dos. ¿Qué ejemplos podría dar ese monstruo á un muchacho inocente, todo candor y todo timidez?

ROSA (Transición, se levanta.) Oye, ¿no me dijiste, cuando veníamos, que tu marido tenía un ejemplar del Código civil?

CAR. Sí. Aquí está. (Alargando á doña Rosa un libro que coge de encima de la mesa del despacho.)

ROSA (Cogiéndolo.) Trae; nos lo llevaremos á tu cuarto, para ver lo que dice del divorcio.

CAR. A saber dónde hablará de eso.

ROSA (Abriendo el libro.) Con mirar el índice... A ver.. «Libro primero.»

CAR. (Quitándoselo y leyendo.) «De las personas.» «De las personas naturales.» «De las personas jurídicas.»

ROSA De las personas sinvergüenzas. Eso es lo que tienes que buscar.

CAR. «Título cuarto. Del matrimonio.»

ROSA Cerca andará el divorcio.

CAR. Aquí está: «Sección cuarta.» Página 106.

ROSA Veamos qué dice.

CAR. (Pasa hojas y lee.) «Del divorcio. Artículo 104. El divorcio sólo produce la suspensión de la vida común de los casados.»

ROSA Poco es Debía producir también la suspensión del cónyuge culpable. (Ademán de ahorcar.)

CAR. «Artículo 105 Las causas legítimas de divorcio son: 1.ª El adulterio de la mujer en todo caso, y el del marido cuando resulte escándalo público ó menosprecio de la mujer.»

ROSA ¡Bravo! Me gusta la igualdad.

CAR. ¡Como se conoce que el Código lo han hecho los hombres!

ROSA ¡Ah! Si lo hubiésemos hecho las mujeres...

CAR. Bien, pero afortunadamente en este caso ha habido escándalo.

ROSA Afortunadamente, dices bien. Escándalo público en un baile público. Estamos en el caso primero.

CAR. (Saca de su bolsa la punta del faldón del frac.) Además, y respecto á Fernando, yo tengo esta prueba material de su falta. Porque yo supongo que ante un juez esto servirá de cuerpo de delito.

ROSA Para servir de cuerpo debiste cortar de un poco más arriba.

ESCENA IV

DICHAS y TERESA

TER. (Primera izquierda.) Ya está encendida la chimenea.

CAR. Bien; allí acabaremos de ver el Código.

TER. (¿El qué van á ver?)

ROSA ¿Y esto, no nos lo quitamos?

CAR. Ahora en mi cuarto. (A Teresa.) Venga usted. Teresa devolverá mañana el capuchón de usted con el mío.

ROSA El capuchón. ¡Cuántas personas lo debían llevar! Y no ahora solo, sino todo el año. (Vanse las tres por la primera izquierda, después de apagar Teresa la lámpara del centro.)

ESCENA V

FERNANDO, ANGELITO y DON ANDRÉS

FERN. (Por el foro, llevando colgados de ambos brazos á Angelito y á don Andrés; éste aún borracho y aquel muy abatido. Los tres llevan puestos abrigos y sombreros. Angelito al entrar da luz.) Usted aquí, en esta butaca. (Sienta á don Andrés en la butaca de la derecha.)

ANDRÉS (Con palabra muy torpe.) Bueno. (Apoya la cabeza en el respaldo y se duerme.)

FERN. Y tú en esta otra. (Sienta en la butaca de la izquierda á Angelito, que queda así en posición simétrica respecto á don Andrés y ambos de cara al público.)

ANG. (Con voz débil.) Pronto eso que has de darme. ¡Ay! Yo me muero á chorros.

FERN. Felizmente en mi botiquín tengo yo hidrato de magnesia, el antídoto de los preparados arsenicales. Con eso, y con unos buenos tragos de agua tibia... (Se quita abrigo y sombrero, que guarda en el ropero.)

ANG. Yo tomaré todo lo que tú quieras.

FERN. Vaya, no te apures. Ya ves que ese muchacho que estaba contigo asegura que no has tomado más de cuatro ó cinco anises.

ANG. A punto fijo no sé los que he tomado... En fin, eso ya lo veréis en la autopsia.

FERN. (Abre, con llave, un cajón de la mesa de despacho y saca un frasco pequeño.) Aquí está la magnesia... Y aquí tenemos agua. (Coge un vaso de agua de la bandeja y una cucharilla, y con el frasco de magnesia, los lleva á la mesa de tresillo.) Además, hemos acudido muy á tiempo.

ANG. Bueno, pues no lo pierdas.

FERN. ¿Pero qué, te encuentras mal?

ANG. Si yo ni sé cómo me encuentro. Cuando tú me viste no sentía nada, pero luego, al saber... y, sobre todo, al venir con el traqueteo del simón, se me ha despertado aquí un dolor tan fuerte... (Señalándose el estómago.)

FERN. Eso es lo que tendrás: una *gastro-enteritis*.

ANG. ¿El qué?

FERN. Un cólico muy fuerte.

ANG. ¡Ay, si no fuese más que eso ya lo daba yo por bien empleado!

FERN. No, si bien empleado sí te está. (Le toca la frente y las manos.) Vamos, completamente apirético.

ANG. ¿Y eso qué es, bueno ó malo?

FERN. Bueno, hombre, bueno. Apirético quiere decir, limpio de fiebre.

ANG. Es que como también estoy limpio de medicina...

FERN. (Vertiendo sobre un papel buena porción de magnesia en polvo. (1) Pondré bastante dosis. Aquí lo único malo es que esas bolitas no contenían exclusivamente más que arsénico y azúcar.

ANG. ¡Ah! ¿Tenían azúcar? Por eso las encontraba yo tan dulces.

FERN. (Abstraído, mientras disuelve la magnesia.) Si el arsénico hubiese hecho su entrada en el aparato digestivo conducido en otros alimentos ó sustancias, la absorción sería más lenta. Lo malo ha sido el vehículo.

ANG. Eso. El vehículo ha sido lo malo. En cuanto echó á andar el simón empecé yo á descomponerme.

FERN. No es á ese vehículo al que me refiero. Hablaba en términos profesionales.

ANG. ¡Ah, ya!

FERN. Bueno, toma esto. (Le da el vaso.)

ANG. Venga. (Lo bebe hasta apurarlo y hace gestos.) Fuertecito estaba.

FERN. Ahora tres vasos de agua tibia.

ANG. ¿Tres vasos?

---

(1) Puede sustituirse la magnesia por gaseosa efervescente, ó simplemente azucarillo molido.

FERN. Voy á prepararla. Aquí tengo yo espíritu de vino.

ANG. ¿Pero también he de tomar espíritu de vino?

FERN. Hombre, no. El espíritu es para calentar el agua. (Se dirige hacia la segunda derecha. Al pasar junto á don Andrés se detiene.) Este siquiera no da nada que hacer. (Vase.)

ESCENA VI

ANGELITO y DON ANDRES

ANG. No parece muy alarmado. ¿No lo estará realmente ó lo fingirá para tranquilizarme? Porque yo no estoy nada bien. Ello puede ser efecto del purgante, pero tambien puede ser efecto del veneno. Maldita idea la que tuve de probar los dichosos anises... ¡Ay, Dios! Si escapo de esta yo prometo no volverme á meter en libros de caballería. Seré bueno, *panoli*.. Porque, señor, mereceré un castigo, pero no tan fuerte. Morir tan joven.... ¡y de frac!

ESCENA VII

DICHOS y FERNANDO

FERN. (Segunda derecha.) ¿Qué es eso? ¿Cómo vamos?

ANG. Mal, muy mal, tengo unos dolores horribles.

FERN. ¿Dónde? (Apretándole en la cintura.) ¿Ahí, eh?

ANG. Sí, ahí, ahí... (Chillando.) ¡Ay, ay!

FERN. (Tapándole la boca.) Cállate, hombre.

ANG. ¿Por qué?

FERN. ¿No me has dicho que lo único que me pides es que Carmen no se entere de nada?

ANG. Sí, sí, por Dios.

FERN. Pues bien, no vayas tú ahora á despertarla.

ANG. ¿Despertar? ¿A quién?

FERN. Pues ¿á quién ha de ser? A tu hermana.

ANG. ¡Ah! ¿Pero ya ha venido?

FERN. ¿De dónde?

ANG. ¡Toma! Del baile.

FERN. ¿Del baile?

ANG. ¿Pues no habeis ido juntos?

FERN. ¡Qué hemos de ir juntos, hombre!

ANG. Pero ellas sí que estaban.

FERN. ¿Quiénes?

ANG. Carmen y doña Rosa, con unos capuchones amarillos, de color de... (Se levanta.)

FERN. (Mirándole fijamente.) ¡Canario!

ANG. Eso, de color de canario.

FERN. (Lo dicho, delira.) A ver, dame esa mano. (Le pulsa.)

ANG. (¿Habrán ido sin que estos lo supiesen?)

FERN. (Si el delirio sigue habrá que aplicarle algún vejigatorio.)

ANG. ¿Pero me encuentras peor?

FERN. Mira, lo mejor sería que te acostases. Cuando menos que te echases vestido encima de tu cama. Así entrarás mejor en reacción.

ANG. Como tú quieras (Se levanta.)

FERN. (Conduciendo á Angelito á su cuarto.) Con el abrigo puesto y un par de mantas... (Vanse primera derecha.)

ESCENA VIII

DON ANDRÉS; en seguida FERNANDO. El primero empieza á roncar, elevando gradualmente el diapasón de sus ronquidos

FERN. (Vuelve á entrar bruscamente.) Es lo que nos faltaba. Va á despertar á Carmen. ¡A callar! (Ronquido muy fuerte.) Sí, ya escampa... Y que á su casa, ¿cómo voy á llevarle en este estado? ¡Buena se pondría doña Rosa!... ¡Silencio!... Le meteré en mi cuarto. (Arrastra la butaca de don Andrés hacia la segunda derecha.)

ESCENA IX

TERESA y CARMEN

TER. (Por la primera izquierda, coge una llave que habrá colgada en la pared.) Aquí está la llave.

CAR. (Asomándose por la misma puerta y quitando á Teresa la llave.) Venga. ¿Por qué dejó encendido?

TER. Señorita, si yo creo que apagué...

CAR. Pues ya ve usté que no. ¡Ah! Entre por los capuchones (Teresa apaga la lámpara del centro y ambas se van otra vez por la primera izquierda.)

ESCENA X

FERNANDO

(Por la segunda derecha, que se vuelve á cerrar. Lleva una cafetera en la mano.) Ahí ya puedes roncar hasta que revientes. ¿Cómo? ¿Se apagó? Estará floja la llave. (Da luz á la del centro.) Y ahora al otro. (Destapa la cafetera.) Bien. (Coge un vaso vacío de la bandeja.) Con tres vasitos de estos .. ¡Pues, señor, qué noche tan encantadora! (Vase primera derecha.)

ESCENA XI

TERESA

(Primera izquierda. Trae al brazo los dos capuchones, los antifaces y las bolsas.) Nada, que echan la llave. ¿Cómo? Si juraría que acabo de apagar... (Breve pausa.) ¡Menudo lío! La señora se larga, sin decir nada á nadie .. Luego viene de máscara con la otra... ¡Si se enterase el señorito! ¡Y qué bonitos capuchones! (Los desdobla y mira.) Algo mejores que el que llevé yo el año pasado á la Zarzuela. Si me atreviese ¿Por qué no? (Dejando todo lo demás sobre una butaca, se pone un capuchón, mirándose al espejo de la chimenea y dando la espalda al cuarto de Angelito.) Y que estoy mal... Si me viese ahora Ernesto, el de la sedería... (Se pone un antifaz y se echa la capucha.)

ESCENA XII

DICHA y FERNANDO

FERN. (Sale por la primera derecha, que se vuelve á cerrar, sin ver á Teresa.) (Después del agua caliente, le conviene un poquito de reposo.) (Se vuelve hacia el proscenio, deteniéndose al ver á Teresa.) (¿Cómo? Y amarillo. ¿Es decir, que no deliraba?...)

TER. (Arreglándose la capucha.) (¡Lástima no tener un baile adonde ir esta noche!)

FERN. (Sí, Carmen es. ¡Qué imprudencia! Pero, aguarda, que yo te arreglaré.) (Se acerca á Teresa.)

TER. (Se vuelve, y al ver á Fernando ahoga una exclamación de sorpresa.) ¡Ah! (El señorito.)

FERN. ¿Te sorprendes, eh? ¿No me esperabas todavía?

TER. Yo...

FERN. (Interrumpiéndola.) No, no hables. Lo sé todo. Lo que tú y doña Rosa habeis hecho es una ligereza incalificable.

TER. (Me toma por la señorita.)

FERN. Una imprudencia que no tiene nombre. ¡Ir dos mujeres solas á un baile de máscaras!.. Para que hubieseis tenido allí algún mal encuentro... (Digo, si nos encuentran á nosotros...)

TER. (¿Cómo le explico yo ahora?...)

FERN. Pero, vamos, di algo. (¡Pobrecilla! Me parece que se ha asustado.) (Queriendo coger á Teresa una mano, que ella oculta entre los pliegues del capuchón.) Mujer, por Dios, lo que te he dicho no es tampoco para... (Con cariño y queriendo abrazarla.)

TER. ¡Ay! (Da un grito agudo y se separa de Fernando.)

FERN. Quizás he estado un poco brusco, perdóname; pero... (Queriendo abrazarla de nuevo y quitarla el antifaz.)

TER. ¡No, no! (Chillando y corriendo.)

ESCENA XIII

DICHOS, CARMEN y DOÑA ROSA por la izquierda

CAR. ¿Quién grita así?

FERN. (Muy asombrado.) ¡Carmen! ¡Usted...! (Por doña Rosa.)

ROSA ¿Qué pasa?

TER. (Quitándose el antifaz.) Dispénseme, señorita.

FERN. ¡Teresa!

TER. Se me ocurrió probarme el capuchón...

CAR. Pero, ¿por qué chillaba?

TER. El señorito me quiso abrazar, y...

CAR. (Indignada.) ¡El señorito! ¡Oh!

FERN. Mujer, si es que...

CAR. ¡Hasta con las criadas!

FERN. ¿Me dejarás hablar?

ROSA Cuando se empieza la pendiente...

TER. Pero si es que...

CAR. ¡Largo de aquí!

TER. (Yéndose por el foro.) ¡Qué fiera!

ESCENA XIV

CARMEN, DOÑA ROSA, FERNANDO

CAR. (A doña Rosa.) Nunca pensé que descendiese hasta tan bajo.

FERN. Si cuando yo intentaba abrazar á Teresa es porque creía que eras tú

CAR. Pues me honra mucho la equivocación.

FERN. Con un disfraz y una careta todas las mujeres sois iguales. Por otra parte, yo sabía que ustedes habían ido al baile, y con capuchones de ese color.

ROSA ¿Que usted sabía...?

FERN. Sí, sí, yo lo sabía, ó, por mejor decir, yo lo sé todo. Y perdóneme usted, doña Rosa, pero no quiero calificar la ligereza que en ello han cometido Cuando dos mujeres casadas, y con los maridos que ustedes tienen...

ROSA ¡Buen par de puntos!

CAR. Esto nos faltaba, que se nos presentasen como acusadores.

FERN. (A doña Rosa.) Yo bien sé que Carmen habrá sido la que obligaría á usted á que la acompañase. Sin embargo, usted debió pensar que cuando yo me negaba á llevar á ese baile á mi mujer, alguna razón tendría para hacerlo; esa razón debió usted respetarla.

CAR. (Ironía.) Sí, como era tan digna de respeto...

FERN. ¿Qué quieres decir?

CAR. Que esa razón la conocemos ya. Porque, eso sí, (Riendo nerviosamente.) existía. Y sin duda que era poderosa. ¿Cómo ibas á llevarme al baile, teniendo que llevar á doña Serpentina?

FERN. ¿Que yo tenía que llevar?...

CAR. Es inútil que finjas. (Cambiando de tono.) Caballero, todo ha concluído entre nosotros. Bien sabe Dios que estaba firmemente decidida á no cruzar con usted una sola palabra; es más, á que entre nosotros no mediasen otras relaciones que las que con carácter judicial han de mediar forzosamente hasta el día en que se decrete mi divorcio.

FERN. Señor, yo estoy soñando.

CAR. Déjeme usted acabar. Ya que he tenido el disgusto de ver á usted una vez más, que al menos sea esta la última, hasta aquella en que por competente tribunal sea declarada de una manera solemne nuestra absoluta separación de bienes y personas.

ROSA (¡Caramba, y cómo le ha aprovechado á ésta la lectura del Código!)

FERN. Pero, Señor, si yo creo que voy á perder el juicio.

CAR. ¡Y tanto que lo perderá usted! Como que en el juicio hemos de presentar nosotros pruebas irrecusables de la traición de ustedes.

ROSA Eso, de usted y del borracho de Andrés, su dignísimo amigo.

FERN. ¡Ah! ¿Pero saben también?...

ROSA Nosotras lo sabemos todo. Y, vamos á ver, ¿dónde está ese tunante?

FERN. ¿Don Andrés? (Mira recelosamente hacia su cuarto.) Aun no ha vuelto. Pero en resumen...

CAR. (Saca de su bolsa, que Teresa dejó en una butaca, el sobre que Carmen halló en el primer acto sobre la mesa.) A ver, primera prueba. ¿Conoce usted este sobre?

FERN. (Lo coge y mira) «Señor don Fernando Menéndez.» Sí, el de la carta de esa.

CAR. (Saca del mismo bolsillo la carta que cogió de la americana de Angelito.) ¡De esta carta!

FERN. ¿Y bien?

CAR. ¡Ah! ¿Pero no lo niegas?

FERN. ¿Y por qué he de negarlo?

ROSA Pues señor, he visto gente de poca vergüenza, pero lo que es como usté he visto pocos.

FERN. ¡Señora!...

CAR. ¿Entonces tampoco negarás que esta carta es la que te ha decidido á ir al baile?

FERN. Eso es; en cierto modo ese ha sido el orígen.

ROSA ¡Jesús, qué desvergüenza!

FERN. Como en esa carta pedía que le enviase los anises, ella es la que dió lugar á la equivocación.

CAR. ¿Pero qué anises ni qué calabazas?

FERN. Los anises antigastrálgicos que yo la receté. Para pedírmelos me escribió esta carta.

CAR. Si aquí no habla de semejante cosa.

FERN. ¿Que no? (Coge á Carmen la carta y lee.) «Simpático vecino.» ¡Pero si esta carta no es para mí! (La lee para sí.)

ROSA ¿Que no es para usted?

CAR. Pues qué, (Dándole el sobre.) ¿no te llamas Fernando Menéndez?

FERN. (Aparte y mirando hacia el cuarto de Angelito.) ¡Ah, granuja! Para tí era la carta.

CAR. ¿Ves? ¿Ves cómo no puedes contestar?

FERN. Calma, y vamos por partes. Este sobre y esta carta (Tiene uno en cada mano.) ¿los han encontrado ustedes juntos?

CAR. No, juntos no.

FERN. ¡Ah!

CAR. Bueno, pero es igual. El sobre estaba en esta mesa (La de despacho.) y la carta, la carta en el bolsillo de tu americana.

FERN. ¿De la mía? (Deja la carta y el sobre encima de la mesa.)

CAR. De la tuya. De tu americana negra. De la que dejaste aquí para que la pegasen un botón. Mira, aquí está todavía. (La coge del respaldo de la butaca en que la dejó al fin del primer acto.)

FERN. (Cogiéndola y mirándola.) ¿Y es en un bolsillo de esta americana donde has encontra tú la carta de Serpentina? (Conteniendo la risa.)

CAR. Justo.

ROSA ¡Qué descaro! Y se ríe...

FERN. ¿Y al leer la carta y al suponer que yo había ido á ese palco, ustedes, claro, decidieron seguirme? (Deja la americana en la butaca.)

ROSA Después de asegurarnos de que faltaban de la papelera los billetes de baile.

CAR. Y del armario tu traje de frac.

FERN. ¡El frac también!

CAR. (Saca de la bolsa el faldón del frac.) A propósito, aquí, en esta bolsa...

FERN. ¡Pero esa bolsa es una prendería!

CAR. A ver, ¿conoce usted este faldón?

FERN. (Cogiendo y mirando el faldón.) ¡El de mi frac!

CAR. El mismísimo.

FERN. ¿De modo que ustedes?... (Transición.) ¡Pobrecita! ¡Pobrecita mía! ¡Lo que ella habrá sufrido!... Y, es claro, todo me acusaba.

CAR. No añada usted el insulto á la infamia.

FERN. Pero, hija mía. Pero Carmencita, si yo te quiero con toda mi alma. (Se acerca á Carmen, tratando de cogerle las manos.) Si aquí no ha habido más que una serie de coincidencias y de casualidades...

CAR. ¡Le he dicho á usté que no me toque!

ESCENA XV

DICHOS y ANGELITO

ANG. (Por la primera derecha, con el abrigo abrochado.) ¡Fernandito! (Parándose en seco, al ver á Carmen y á doña Rosa.) (¡Demonio!)

CAR. ¡Cómo! ¿Tú levantado?

FERN. (Me alegro Así se aclara todo.)

ANG. Pues yo.. la verdad, Fernando, yo me encuentro muy mal.

CAR. ¿Qué tienes?

ROSA ¿Está enfermo?

FERN. No es nada, no se alarmen.

ANG. Sí, nada, una friolera.

CAR. Pero..

FERN. Un cólico cerrado.

ANG. Completamente cerrado.

ROSA ¿*Miserere* quizás?

ANG. El *miserere* vendrá luego, y el *requiescat in pace.* Tengo una revolución, un trastorno tan grande...

FERN. Eso es bueno, hombre, eso es bueno.

ANG. ¿Eh?

FERN. Pues claro. El efecto de la magnesia.

ANG Siento una pesadez... (Se señala el estómago.)

FERN. ¿Tú sabes el agua caliente que has bebido?

ANG. Y como estaba tan caliente he empezado á sudar y...

FERN. La reacción que comienza.

CAR. ¿La reacción?

FERN. Si tanto calor tienes, quítate todo esto. (Hace intención de quitarle el abrigo.)

ANG. No, no. El abrigo no.

FERN. ¡Bah! Todo ha de saberse. (Le quita el abrigo.) Ya es hora de que cada uno cargue con sus culpas.

CAR. ¿De frac?
ROSA ¿Pero qué es esto? } (Asombradísimas.)

FERN. Esto es que cada palo debe aguantar su vela.

ROSA ¿Y de quién es este frac?

FERN. ¿De quién? A ver si le conoces. (Obliga a Angelito á volverse de espaldas.)

CAR. ¿El tuyo?

ROSA ¿El que estaba en el palco?

FERN. Digo, me parece que no tiene pérdida.

ROSA No, ni compostura.

CAR. ¿De modo que Angelito? ..

FERN. Es un angelito que ha querido volar antes de tiempo, y al que habrá que cortarle las alas.

ROSA — El ala dirá usté, porque ya no le queda más que una.

CAR. — Lo que yo no me explico... (Angelito se vuelve.)

FERN. — Espera, vas á explicártelo todo (A Angelito.) Tú, quítate ese frac y ponte esta americana. (Lo hace.)

CAR. — Le estará grande.

FERN. — ¿Grande? Ya le sentaré yo las costuras.

ANG. — ¿Por qué me ha de estar grande, si es la mía?

CAR. — ¿La suya?

FERN. — ¡Claro! Y además, mira. Dicen que para muestra basta un botón. Y aquí no basta, sobra; están todos.

ROSA — Entonces esta carta... (Enseñándola.)

FERN. — Era para el dueño de la americana.

ANG. — (¡Dios mío, la carta de Emma!)

CAR. — No vuelvo de mi asombro.

ANG. — Perdonadme los dos. Ya véis que estoy bastante castigado.

CAR. / ROSA — ¿Eh?

ANG. — A estas horas á saber las que me restarán de vida.

FERN. — (¡Calla!)

CAR. — ¿Qué dice?

ANG. — Que he tomado un veneno...

CAR. / ROSA — ¡Un veneno!

FERN. — (¡Lo soltó!)

CAR. — (Asustadísima.) ¡Hermano de mi alma!

FERN. — No hay cuidado ninguno. Es que por un error, las bolitas que tú diste á doña Rosa para matar ratones .. Ya te explicaré luego...

CAR — ¿Y es por eso por lo que ustedes han ido baile?... ¡Pero si esto es horrible!

ROSA — (¡Envenenado como una rata!)

CAR. — Pero aquí hay que hacer algo. A ver, pronto, un buen médico...

FERN. — ¿Y yo?

CAR. — Ni me acordaba de que tú eras médico.

FERN. — A estas horas ya se ha hecho todo lo que se puede hacer.

CAR. — ¿Y estás seguro de acertar? Mira que no se trata de un enfermo cualquiera...

FERN. ¡Hija, por Dios! Para un médico todos los enfermos son iguales.. Se acudió muy á tiempo y... Además, ya ves su, aspecto no puede ser mejor.

ANG. ¡Como que la procesión anda por dentro! (Se sienta en la butaca de la izquierda y á su lado lo hace Carmen, hablando los dos en voz baja.)

ROSA Y diga usted, (Con sorna, á Fernando.) la borrachera de mi marido ¿consiste también en que se le haya subido algún veneno á la cabeza?

FERN. Lo de su marido de usted, la verdad, yo no sé lo que ha sido. De él me separé un rato, y cuando volví á hallarle...

ROSA ¿Estaba ya chispo, eh? El ha cenado y con una mujer...

FERN. Nada sé. Cuando vuelva nos lo explicará.

CAR. Es decir, ¿que aún está en el baile?

ROSA O en la prevención. ¡Vaya usted á saber!

FERN. No, señora, no; don Andrés está aquí.

ROSA ¿Aquí?

FERN. En mi cuarto, dormido.

CAR. ¿Pues no acabas de decir que aún no ha vuelto?

FERN. De su letargo, de su sopor; pero del baile ya lo creo que ha vuelto.

ROSA ¡Ah, bribón, él ha de cantar claro!

CAR. Me parece difícil... (Se abre la segunda puerta de la derecha y asoma por ella don Andrés sin sombrero balbuceando.)

ROSA ¡Chits! él sale. (Aparte á Carmen y Fernando.) Silencio. Voy á entendérmelas con él (Carmen y Fernando forman grupo á la izquierda junto á la butaca en que está Angelito Doña Rosa avanza hacia la derecha cortando el paso á don Andrés.)

ESCENA XVI

DICHOS y DON ANDRÉS

ANDRÉS (Mirando con extrañeza á su alrededor.) El despacho de Menéndez; ¿pero cómo estoy yo aquí?

ROSA Vamos, hijo, no has echado mal sueño.

ANDRÉS ¿Qué?

ROSA Sí, sí. Soberbia idea. ¿Se te paso el mareo?

ANDRÉS ¿El qué?

ROSA El trastorno que te produjo ese licor...

ANDRÉS (Haciendo memoria.) ¡Ah, sí! ¿Pero tú sabes?...

ROSA Pues claro, como que lo has bebido delante de mí.

ANDRÉS ¿Eh?

ROSA Y delante de estos señores. Mira, aún están aquí la botella y las copas.

CAR. (Adivino su plan.)

ROSA Lo dicho, Carmen; otra noche no sacas este *Chartreuse* (A don Andrés.) No quiero que vuelvas á achispar te.

ANDRÉS Pero si no ha sido con esto.

ROSA ¿Y con qué entonces? No has bebido esta noche otra cosa.

ANDRÉS (No lo sabe.)

ROSA Es más: desde que comimos no has salido de aquí.

ANDRÉS ¿Que no he salido de aquí?

ROSA Es decir, del cuarto de Fernando, donde te metimos hace media hora, cuando te quedaste dormido.

ANDRÉS ¿Que yo me quedé dormido hace media hora?

ROSA Sí, hombre, sí. Tú pasaste á casa para coger el gabán é irte al Casino.

CAR. Dice bien doña Rosa. (Acercándose á don Andrés.)

ROSA Pero, al volver aquí, se te ocurrió tomar otra copita, y te has trastornado de tal modo...

FERN. (¡Lo que discurren las mujeres!)

ANDRÉS ¿Entonces lo de nuestra ida al Real ha sido un sueño?

ROSA ¡Qué real ni qué ocho cuartos y medio!

ANDRÉS Todo, todo soñado... Serpentina, los ratones, el veneno, la mora...

ROSA Pero, ¿qué desatinos dices?

CAR. (Riendo.) A la cuenta, aún le dura...

ANDRÉS Pero, Señor, si lo veía con una claridad...

ANG. (¡Ojalá hubiese sido un sueño!)

ROSA Y di, ¿soñaste que estabas en el Real?

ANDRÉS Con Fernando en el baile. Ibamos á buscar á la vecina.

ROSA ¡Ah, pícaros!

ANDRÉS Pero no... A salvarle la vida.

FERN. (Aparte á Carmen.) (¿Era verdad?)

ANDRÉS Había de por medio no sé qué veneno. Unas bolitas con arsénico... ¿Qué sé yo? Esos disparates que se sueñan.

ROSA Vaya, hombre.

ANDRÉS Y ya digo, si aun lo veo tan claro...

ROSA Pero, sigue, sigue. ¿Salían mascaritas en tu sueño, ¿eh?

ANDRÉS ¡Ya lo creo! Una muy guapa, vestida de mora que decía conocerme mucho, y con la que yo me iba á cenar mientras este buscaba á Serpentina. (Ríe.)

ROSA (Con risa forzada.) ¿Conque á cenar?

ANDRÉS Supongo que no estarás celosa...

ROSA Hombre, por Dios, de un sueño...

ANDRÉS Una mujer de buten Y tan insinuante, tan frescota...

ROSA (Le extrangulo.)

FERN. (¡Dios santo!) (Por detrás de doña Rosa, hace gestos á Andrés para que calle.)

ANDRÉS (A Fernando.) ¿Y por qué he de callar?

ROSA (Volviéndose á mirar á Fernando.) ¿Eh?

ANDRÉS Tratándose de un sueño...

ROSA Pues claro, pero acaba...

FERN. (Esto es un lazo indigno.)

ANDRÉS Ella pedía *Champagne* y luego bebíamos los dos Y después venía el mozo y yo le daba un billete de veinte duros...

ROSA ¿De veinte duros?

ANDRÉS Hombre, y para que vean ustedes cómo los sueños tienen siempre una base de realidad. Yo daba ese billete, porque aquí en mi cartera, me eché antes uno igual para cambiarlo en el Casino. (Se desabrocha el gabán y de un bolsillo interior de la americana saca una cartera y busca en ella.) Aquí...

ROSA ¿Qué? ¿No lo encuentras?

ANDRÉS ¿Habré soñado también que lo llevaba?

ROSA (Abalanzándose sobre don Andrés.) ¡Soñar! ¡Bribón! ¡Tunante!

ANDRÉS (Defendiéndose.) ¿Qué dice?

CAR. (Interponiéndose, así como Fernando.) Doña Rosa, por Dios...

ROSA ¡Veinte duros en una cena!

ANDRÉS ¡Pero si ha sido un sueño!

ROSA ¿Sueño, eh?

ANDRÉS (Saca un pañuelo del bolsillo del abrigo y cae un puñado de confetti.) ¡Yo sudo!

ROSA (Zarandeándole.) ¡Mira el sueño! ¡Bribón! Todo, todo es verdad... ¡Tú has estado en el baile! ¡Tú te fuiste al *buffet* con una mora! ¡Tú saliste de allí con una *turca!*...

FERN. (A don Andrés.) Sálvese usted si puede.

ANDRÉS (Anonadado.) ¿Dios mío, que he hecho? (Suena dentro un timbre.)

CAR. Han llamado.

FERN. Para la consulta, que aún me están esperando.

ANG. Por Dios, no te vayas, Fernandito.

ROSA A casa. Allí te ajustaré las cuentas. (Persiguiendo á don Andrés y tirándole un libro que coge de la mesa.)

ANDRÉS No, si es que no me salen. (Huye de doña Rosa.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, TERESA y BOBITO

TER. (Por el foro.) Un señorito que quiere hablar con ustedes...

BOB (Con abrigo puesto, y sombrero en la mano.) Con permiso...

ANG. ¡Bobito! (Se levanta.)

BOB. Ruego que me perdonen, pero como se trata de un asunto muy urgente... (Vase Teresa.)

FERN. ¿Qué pasa?

BOB. Es apropósito de... (Cortado, al reparar en las señoras.) de eso que tú tomaste.

ANG. ¿De los anises?

FERN. Puede usted hablar. (Todos rodean á Bobito.) Lo saben todo.

BOB. Pues bien, en ese asunto ha habido una equivocación, un error lamentable.

ANG. ¿Que tomé más anises de los que tú decías? ¡Dios mío, yo me muero! (Se deja caer sobre Fernando.)

BOB. No, no. Todo lo contrario. Que no has tomado ninguno.

TODOS ¿Eh? (Angelito da un salto.)

BOB. Mejor dicho, que los anises que has tomado no tenían veneno. Eran anises... de anís, confites inofensivos de la bombonera y bolsa de Loló.

ANG. (Con gran alegría.) ¿Pero estás seguro?

CAR. (Idem.) ¡Virgen Santa, si fuese verdad!...

BOB. (Sacando una bombonera del bolsillo.) La prueba mejor es que aquí está la otra bombonera, la de Serpentina, con todas sus bolitas de arsénico, pues afortunadamente nadie las ha tocado. (Abre la bombonera y enseña su contenido.)

ROSA Es verdad, estas son.

CAR. ¡Ay, qué alegría! ¡Qué felicidad tan grande!

ANG. De modo que la bolsa que yo cogí...

BOB. No era la de Emma, era la de Loló. Cuando estuvieron en el tocador, una y otra dejaron sus bolsas encima de una silla; Loló, al salir, se equivocó y cogió la de Emma...

ANG. Ya, como eran iguales...

BOB. Y tú, claro, al subir por la de Serpentina, te llevaste la de Loló.

FERN. En una palabra, que el cambio de las bolsas, ha venido á anular el de las cajas.

ROSA (Cogiendo la bombonera y amenazando con ella á don Andrés.) Ahora el que se va á tragar esto eres tú.

ANDRÉS (Huyendo.) ¿Con bombonera y todo?

FERN. Vaya, vaya, señora, perdón y olvido para todo el mundo. Algo peor es lo que ha hecho Angelito, y, sin embargo...

ANG. Yo prometo enmendarme. Pero aun me dura el susto. ¿Quéréis creer que todavía me parece que estoy envenenado?

FERN. (Riendo.) ¡Ah! No es el susto, no. Es el hidrato de magnesia y los tres vasos de agua caliente. Eso aún tiene que producir su efecto.

BOB. (Despidiéndose.) Pues, señores, enhorabuena...

ANG. ¿Te vas?

FERN. (Da la mano á Bobito.) Miles de gracias...

CAR. (Idem.) Sí, sí, agradecidísimos...

BOB. (A Angelito.) ¿Y qué? ¿No te animas á volver al baile?

ANG. ¿Al baile? ¡No es mal baile el que me espera á mí esta noche!

FERN. Así escarmentarás y no volverás á meterte con *Serpentinas*... de esa especie.

ANG. Eso yo te lo fío. (Al público.)

Pues esto en bien se termina
y yo escapé de las redes
que me tendió mi vecina,
falta que tampoco ustedes
se metan con *Serpentina*.

FIN DE LA OBRA